

BOLSILIBROS
BRUGUERA

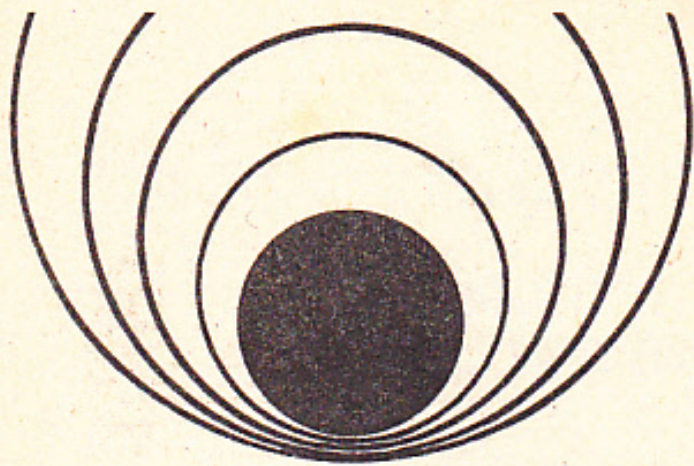
PUNTO
ROJO

Gu
ALAC
**EL ANCLA
DE ORO**

Clark Carrados

Gu
SOLO MAYORES
DE **18** AÑOS





PUNTO ROJO



CLARK CARRADOS

EL ANCLA DE ORO

Colección PUNTO ROJO n.º 984 Publicación semanal
EDITORIAL BRUGUERA, S A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.729 — Un (riste final.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.591 — Jenny Tucson, detective privado.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

1.058 — Sed de odio, sed de sangre.

En Colección CALIFORNIA:

812 — Abogado de revólver.

En Colección KANSAS:

1.030 — Derrota y victoria.

En Colección BRAVO OESTE:

626 — Clave para el asesino.

En Colección SALVAJE TEXAS:

818 — El fin de la cuenta.

En Colección ASES DEL OESTE:

635 — Las siete chicas de oro.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

138 — Contratados para morir.

En Colección BUFALO SERIE AZUL

66 — Destinos ardientes.

En Colección PUNTO ROJO:

982 — El vicio de matar.

En Colección COLORADO:

1.069 — Unidos por el odio.

ISBN 84-02-02520 X Depósito legal: B. 765 - 1981

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: marzo, 1981

©Clark Carrados - 1981

texto

©M. García - 1981

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S A Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privada que aparecen en esta novela, así como la situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.
A Paréts del Vallés (N 1², Km 21,650) Barcelona -1981

CAPITULO PRIMERO

Su sueño se estaba realizando. Por fin, tenía allí a la mismísima Venus Bwinn, la «voz angélica» como la denominaban los críticos más reacios a los ditirambos. Para los críticos proclives a las palabras entusiastas, el diccionario no contenía las suficientes con las que componer los elogios que se merecía la cantante.

A Jesse Bruden le gustaba cómo cantaba Venus, desde luego, pero ella le gustaba mucho más. Estaba enamorado (platónicamente, desde luego) de Venus. Lo que se dice loco por ella.

La voz era maravillosa, pero su rostro y su figura valían infinitamente más. Venus, por si fuera poco, sabía cómo realzar el rostro y la figura. Nunca vestía de una forma extremada; siempre muy sencilla y, por lo mismo, más elegante que ninguna. Así, en el escenario, de telón de fondo negro, absolutamente lisa, ella destacaba como una joya bajo la luz del reflector que la enfocaba de lleno, mientras el resto del local, el famosísimo Siglo XXI, permanecía prácticamente en la oscuridad.

Bruden estaba embobado, en una mesa situada en la tercera fila. Por si fuese poco, Venus estrenaba canción.

Sería un éxito en las listas, desde luego. En pocas semanas, se encaramaría a los primeros puestos. En menos de medio año, tendría un disco de oro y antes de que transcurriesen los doce meses, el de platino.

Pero, aunque su voz le gustaba muchísimo, Bruden habría dado algo bueno por conquistar el corazón de la cantante.

—¡Qué hermosa es! —suspiró, con los codos apoyados en la mesa y la cara en las manos, mirándola fijamente.

Más que por la voz, Bruden se sentía embobado por la mujer. Era alta, naturalmente esbelta, de pelo intensamente negro y piel blanquísima. A Venus Bwinn no le gustaba dorarse la piel, según se decía. Estaba muy orgullosa de la tersura de su epidermis y no quería estropeársela con inoportunos baños de sol.

La melodía adquiriría en aquellos momentos finales un suave *in crescendo*, hábilmente acompañado por la orquesta, que no ocultaba sino que realzaba aún más la voz de la cantante. Era la *Balada de la Sirena Enamorada* y ella misma, la artista, parecía también otra sirena, pese al traje blanco, ceñido y sin hombros, que llegaba hasta los pies y que parecía hecho de tal forma que no pudiese llevar jamás otra prenda. Bruden prestó atención a las últimas estrofas de la canción: —...y tú volverás y siempre conmigo estarás... en el... Súbitamente, la cantante se estremeció. Durante una fracción de segundo, su voz dejó de oírse. Luego

continuó: —...en el océano del eterno... amor...

De repente, Bruden advirtió un círculo rojo en el centro del pecho de Venus.

Un hilito de líquido escarlata empezó a deslizarse del agujerito encarnado hacia abajo. Venus tenía los brazos completamente extendidos, para añadir con el gesto un mayor énfasis al final de la canción y, casi con lentitud, empezaron a descender hacia los costados.

La voz se había quebrado también y no prolongaba la melodía con las últimas notas. Súbitamente, las rodillas de Venus se doblaron.

Giró mientras caía. Dio una vuelta completa sobre sí misma y luego, muy lentamente, quedó tendida sobre el tablazón del escenario, con una mano sobre el pecho de diosa y la otra pegada al costado.

El pelo se le había soltado y se extendía en negro abanico en torno a su cabeza. Algunos aplaudieron, creyendo que se trataba de una excentricidad de la artista.

De pronto, una mujer lanzó un agudísimo chillido.

Bruden se dio cuenta de que sucedía algo raro. Abriéndose paso a viva fuerza entre los asistentes, llegó al borde del escenario, apoyó ambas manos y saltó ágilmente. En dos zancadas, se situó junto a la cantante.

Le bastó ver el orificio que había en el centro de su blanco pecho para saber lo que había ocurrido. Un hombre se le acercó rápidamente.

—A ver, déjeme... Soy médico...

Bruden se puso en pie.

—Es inútil que se moleste, doctor; está muerta —dijo.

* * *

En mangas de camisa, con una lata de cerveza en la mano y un cigarrillo en la otra, contempló en la televisión el multitudinario funeral de la famosa cantante. Varias decenas de policías habían sido casi impotentes para contener a la inmensa muchedumbre que había querido acompañar a Venus Bwinn a su última morada.

Claro que, se dijo Bruden, buena parte de aquellas personas asistían al entierro por simple curiosidad morbosa. Se preguntó cuántos policías de paisano figuraban entre aquella muchedumbre.

¿Sería verdad, se dijo, que el asesino acude siempre al lugar donde está su víctima? Pero, si era cierto, ¿quién podría encontrarlo entre aquellas decenas de miles de asistentes al

funeral?

Las imágenes se desvanecieron. Un locutor apareció luego en la pantalla y anunció que la Policía no tenía aún ninguna pista sobre el asesino de Venus, aunque se estaban haciendo intensas investigaciones, que pronto darían los frutos apetecidos.

—Lo de costumbre en casos enrevesados —dijo Bruden, a la vez que accionaba el control remoto de su televisor. La pantalla se tornó blanca y él volvió a su cigarrillo y a la cerveza.

A su lado, en el diván, tenía un montón de periódicos, de los dos días anteriores, en los que se relataban y comentaban todos los detalles relacionados con el sensacional crimen. Incluso él mismo aparecía en algunas de las informaciones, como el primer hombre que había llegado junto a la cantante ya caída en el suelo.

Las especulaciones eran para todos los gustos. Algunos de los comentarios eran verdaderamente nauseabundos. Y quienes los hacían, pensó Bruden, se merecían mucho más un balazo en las tripas que no la pobre Venus Bwinn, ahora ya un cuerpo frío e inanimado, bajo una losa sepulcral, en la soledad de un camposanto.

Alzó la lata.

—Por ti, Venus. Nunca te había visto personalmente hasta aquella noche, nunca pude hablar contigo; sólo fui el humilde adorador que se conformaba con oírte en los discos y con verte de lejos..., pero te recordaré siempre.

Apuró la cerveza y añadió:

—Amén.

Y entonces fue cuando llamaron a la puerta.

Bruden dejó la lata vacía a un lado, aplastó el cigarrillo contra un cenicero, cruzó la sala y abrió.

El corredor estaba vacío. Miró a derecha e izquierda.

—El hijo de perra que ha querido divertirse a mi costa... —masculló.

Se retiraba ya cuando, de pronto, vio el sobre en el suelo.

Curioso, se agachó a recogerlo. Era bastante grueso y tenía un peso normal.

—No será una carta-bomba —dijo, aprensivo.

Tanteó el sobre con ambas manos, incluso doblándolo casi por completo. Se oían crujidos de papeles en el interior. No, no era una carta-bomba.

Estaba dirigida a él, de eso no cabía ninguna duda. Al fin, decidiéndose, rasgó el sobre y extrajo de su interior un apetitoso fajo de billetes.

—¡Cielos! —exclamó.

A juzgar por el bulto, había unos cincuenta y todos eran de cien

dólares.

—Tengo algunos admiradores —murmuró—. Pero ninguno me quiere tanto como para regalarme cinco mil «pavos» así por las buenas...

Inesperadamente, una hoja de papel cayó del sobre al suelo. Bruden se inclinó para recogerla. Estaba doblada en dos mitades, la desplegó y leyó un extraño mensaje:

«Investigue y descubra al asesino de Venus Bwinn y sus motivos. Cuando lo haya conseguido, de forma que no quede lugar para la duda, recibirá una suma análoga.

»Eventualmente, me pondré en contacto con usted por teléfono, bajo la contraseña *Seto de boj*. Le deseo toda la suerte del mundo.»

Bruden abrió la boca.

—Cielos, si parece de película... —exclamó.

Pero no tuvo tiempo de seguir especulando sobre el asunto. El timbre volvía a sonar.

Esta vez, corrió hacia la puerta, dispuesto a no permitir que escapase el que llamaba. Pronto vio que su acción era innecesaria.

—Hola —dijo la joven que estaba en el umbral—. ¿Puedo pasar?

—Claro —accedió Bruden—. Entre, por favor. La casa está un poco revuelta; mi asistente no vino hoy...

—No se preocupe —sonrió la visitante.

Bruden recogió la carta y el dinero y guardó todo en una gaveta. Luego se volvió hacia la joven.

—¿Y bien, señorita...?

—Palmer, Diana Palmer. Soy... Era, mejor dicho, la secretaria personal de Venus Bwinn.

Tras las palabras de la visitante, se produjo un espacio de silencio. Bruden contempló a la joven, bastante alta, de silueta muy atractiva y cabellos castaños. Diana vestía un sencillo traje gris oscuro, con visos blancos en el cuello y en las mangas, muy cortas. En las manos, enguantadas en negro, llevaba un gran bolso de piel de charol, también negra.

Bruden carraspeó.

—Ejem... Perdóneme, señorita Palmer... No le he ofrecido nada... Siéntese y dígame qué quiere beber...

—Un poco de agua solamente, por favor, muchas gracias.

—Sí, al momento.

Diana bebió casi con ansiedad. Luego forzó una sonrisa.

—Vengo de un lugar horrible. Había miles de personas... Se han producido escenas repugnantes, increíblemente morbosas... Ha sido algo realmente asqueroso y... Estoy hablando del entierro de

Venus Bwinn.

—Sí, lo he visto en la televisión —contestó él.

—Lo que ha podido ver no tiene relación alguna con la realidad, pero, en fin, ya ha pasado. Señor Bruden, me gustaría que se encargase de buscar al asesino de Venus —declaró Diana con voz ligeramente alterada.

CAPITULO II

Era curioso, pensó Bruden. Cuarenta y ocho horas después del crimen, dos personas le encargaban el mismo asunto. Una de ellas estaba ante él. Pero, ¿quién era la otra, el misterioso «Seto de boj»?

—La policía ya se ha aplicado al caso —contestó.

—Usted puede investigar por su cuenta. Nadie se lo impedirá.

—Si averiguo algo, mi deber es comunicárselo a la Policía.

—Y a mí, naturalmente.

—¿Me considera ya como contratado?

Impasible, Diana abrió su bolso y extrajo un rectángulo de papel, que depositó encima de la mesa.

—Mil quinientos dólares. Como anticipo de honorarios y primeros gastos —indicó.

Bruden no hizo el menor ademán para coger el cheque.

—Podría suceder que no me conviniera encargarme de esa investigación —manifestó.

Diana sonrió débilmente.

—Usted fue el primero que llegó junto a Venus. Yo estaba entre las bambalinas y, lo confieso, me quedé completamente paralizada.

—Sí, luego el escenario se llenó de gente...

—Desde luego, pensaba salir en ayuda de Venus, pero cuando ella empezó a girar y vi la manchita roja en su pecho, las piernas se negaron a moverme. Tardé un poco en reaccionar.

—Lo comprendo.

—Pero he traído conmigo algo que puede despertar su interés. Dígame, ¿qué le pareció la *Balada de la Sirena Enamorada*?

—Una bonita canción —sonrió Bruden.

—Yo escribí la letra. La melodía es del compositor habitual de Venus. Escribió una hermosa canción, desde luego. ¿Le gustaría escucharla de nuevo?

—No tengo inconveniente, señorita Palmer.

Ella extrajo de su bolso una grabadora portátil y la puso sobre la mesa, presionando la tecla de funcionamiento acto seguido. La voz de Venus, una persona ya muerta, pensó Bruden amargamente, llenó la estancia con sus melodiosos sonidos.

—Fíjese, sobre todo, en las estrofas finales —indicó Diana.

Bruden concentró su atención en el punto señalado. Cuando la grabación terminó, miró a la joven.

—No he notado nada —declaró.

—Espere, tengo otra cinta, grabada «directamente» del escenario. La que ha estado escuchando se grabó en uno de los ensayos, en

su residencia privada.

De nuevo volvió a oírse la voz de Venus. Cuando la canción llegaba a su final, Bruden percibió algo extraño.

Hubo una brevísima vacilación en la voz de la cantante, pero era muy difícil de notar. Diana hizo retroceder la cinta un poco y de nuevo la puso en funcionamiento.

—Vuelva a escuchar.

De pronto, exclamó:

—Aquí, éste es el momento en que fue herida.

Bruden se concentró. Sí, ahora lo recordaba perfectamente. Venus había vacilado un instante, menos de medio segundo, pero, en la cinta, se percibía con toda claridad, sobre todo, estando ya previamente advertido.

—Sin embargo, eso no sirve de mucho...

—Temo que no se ha fijado bien en los últimos instantes de la grabación —dijo la joven—. Puesto que escribí la letra, conozco perfectamente cada pasaje de la canción. Venus tenía que decir: «...estarás en el mar del eterno amor». Así finalizaba la canción. Pero cuando se sintió herida, comprendió que iba a morir y quiso indicar una clave.

—¿Una clave? —Bruden saltó en su asiento—. No me lo creo...

—Espere, vuelva a escuchar.

Una vez más, se oyó la voz de Venus. Entonces, Bruden reparó en una leve modificación de la letra.

—Ha dicho «océano» —exclamó.

—Exactamente. En la primera grabación se pronuncia la palabra «mar». ¿Por qué tenía que cambiar la letra, sobre todo, cuando altera considerablemente el ritmo poético? La diferencia entre mar y océano es muy considerable. No son palabras similares, que una pueda confundir, sobre todo en instantes tan críticos. Estoy absolutamente persuadida de que ella dijo «océano» con pleno conocimiento de causa y porque sabía que esa palabra tenía algún significado... y porque sabía que ya no lo podría repetir.

Bruden entornó los ojos.

—Una pregunta. ¿Sabía Venus que usted grababa la canción?

—Sí. Lo hacíamos, invariablemente, en los estrenos, ante el público, para comparar luego, en casa, las posibles diferencias que pudieran, existir entre una melodía cantada lejos del escenario y la que cantaba ante cientos de personas. Así corregía defectos, ¿comprende?

—Entonces... quizá ese mensaje estaba dirigido a usted.

—Así lo estimo yo, señor Bruden. Lo que sucede es que el mensaje escapa a mi comprensión.

—Y por eso quiere que yo... ¡Pero usted, ha dicho, era su secretaria personal!

—En efecto. Sin embargo, se da la circunstancia de que sólo llevaba un año a su servicio. Puede creerme si le digo que, prácticamente, ignoraba todo cuanto se refería a ella y que hubiera podido sucederle antes de que me contratase. Sí, sabía algunos detalles: lugar de nacimiento, edad, su frustrado matrimonio..., pero eso se puede encontrar en cualquier periódico. De lo que pudo hacer antes, lo desconozco todo.

—Eso viene a significar que la muerte de Venus se debe a algo que sucedió, por lo menos, un año atrás.

—Sí, estoy segura.

—Usted ha tenido que ver a mucha gente en este tiempo. ¿No se le ocurre ningún sospechoso?

Diana hizo un gesto con las manos.

—Todos... y ninguno. Pero, ¿quién podría querer la muerte de... la gallina de los huevos de oro?

—A lo mejor, alguno que desdeñaba el vil metal y tenía motivos muy personales para la venganza. ¿Qué me dice usted de sus amoríos?

—Nunca tuvo una aventura durante este año. Antes... no sé, pero tenía admiradores a cientos.

—Yo el primero —suspiró Bruden—. En fin, haré lo que pueda. Diana sonrió.

—Sabía que aceptaría —dijo—. Usted no es hombre capaz de permanecer mano sobre mano, cuando se le presenta una ocasión semejante.

Bruden no quiso mencionar a «Seto de Boj». Era aún demasiado pronto, pensó.

—Seguramente, alguien le habrá hablado de mí —dijo—.

—Sí, la propia Venus.

—¿Cómo?

—Sé que mencionó su nombre. Me dijo que quería encargarle una investigación, aunque no fue más explícita.

—Ella no me conocía...

—Señor Bruden, probablemente es el único dato de su vida que conozco, anterior a mi contrato como secretaria personal. ¿Ya no se acuerda usted de Peggy Hardon, su condiscípula en la Secundaria?

Bruden se quedó con la boca abierta.

—No puede ser. Venus no tenía el menor parecido con...

—Habían transcurrido ya diez años y se teñía el pelo de negro, Sí, ella le conocía y sabía de usted, además, con grandes elogios. Pero, lamentablemente, no puedo decirle qué debía investigar para Venus. Por dicha razón, he venido yo a verle, tanto por mi interés personal, como por el de aquella muchacha de la que usted estuvo enamorado cuando era un adolescente y estudiaban juntos.

—Y de la vida que nos separó —se lamentó Bruden—. Si lo hubiera sabido...

—Usted no podía imaginárselo.

—Venus debió haberme llamado. Si estaba en apuros, yo la habría ayudado con todas mis fuerzas.

—Ahora está muerta. Busque al asesino. Encuéntrelo y así sabremos qué es lo que deseaba hiciera usted para ella —dijo Diana firmemente.

* * *

Tenía el cigarrillo caído, en los labios, apagado, y con el índice izquierdo, enganchaba la chaqueta que quedaba sobre el hombro del mismo lado. Desde el punto en que se hallaba, podía ver el escenario donde tres días antes había sido asesinada una mujer, en presencia de cientos de personas.

El local estaba desierto en aquellos momentos. Su dueño lo había decorado de acuerdo con el nombre, Siglo XXI, con el ambiente futurista no demasiado logrado. Claro que era lo de menos; con buena mesa, buenas bebidas y las mejores atracciones, la decoración y el ambiente no importaba demasiado.

De pronto, vio venir a un hombre hacia él. Era bajo, grueso, de doble papada y casi calvo.

—¿Desea algo, señor? —preguntó.

Bruden meneó la cabeza.

—Estaba mirando —contestó.

—¿Periodista?

—Investigador privado. Mi nombre es Jesse Bruden.

—Soy Sharkey, dueño del local. La Policía ha estado aquí. Si busca la lista de reserva de mesas, pídesela al teniente Saxon; está encargado del caso.

—Sospecho que el asesino no reservó una mesa —dijo Bruden—. Es la última cosa que haría un hombre dispuesto a matar.

—No se ha encontrado el menor rastro. Ni siquiera el casquillo del proyectil.

—Pero tuvo que disparar desde alguna parte, me imagino.

Sharkey se encogió de hombros.

—Venus murió —contestó.

—Y con ella se le fue una mina de oro.

—He tenido contratados a artistas que atraían más clientela. Ahora viene más gente, claro; pero es por curiosidad. Sin embargo, debo admitir que Venus tenía un público muy adicto. Pero...

—¿Qué, señor Sharkey?

—Empezaba a «pasarse», no sé si entiende lo que quiero decirle. Su estilo resultaba un tanto anticuado.

—¿De veras?

Sharkey soltó una risita.

—Se lo digo yo, y entiendo un rato de estas cosas. Es mi profesión.

—Sí, parece lógico.

—Venus había llegado ya a la cresta de la ola e iniciado un leve y poco perceptible descenso. Pero, inevitablemente, caería y ello sucedería entonces con enorme rapidez.

—¡Quién lo hubiera pensado! —exclamó Bruden—. Y yo que creía...

—Cuesta mucho subir y más mantenerse en la cumbre, pero el descenso suele ser vertiginoso.

—Es usted todo un filósofo, señor Sharkey. ¿Puedo mirar una cosa?

El hombre extendió su brazo.

—Adelante, no tengo nada que ocultar.

Bruden señaló un par de agujeros cuadrados que había en la pared, a tres metros a la izquierda de la puerta de acceso al local.

—¿Qué hay ahí? —preguntó.

—Una cabina de proyección. Tenemos proyectores; a veces, hay artistas que trabajan con fondos cinematográficos. Pero esa noche estaba cerrada y no se utilizaba. El foco que iluminaba a Venus está en otro sitio.

—¿Seguro que la cabina estaba cerrada?

Sharkey metió la mano en el bolsillo y sacó una llave.

—La guardo personalmente —contestó—. Una vez se metieron dos borrachos y empezaron a lanzar bolas de plástico, llenas de tinta, con tiradores de goma. Imagínese la que se armó.

—Sí, tuvo que ser divertido.

—Para ellos, no para mí. Bien, tengo trabajo. ¿Algo más, señor Bruden?

—Ha sido usted muy amable, señor Sharkey.

Bruden dio media vuelta. Sharkey hizo lo propio.

Apenas cruzada la puerta, Bruden se desvió a su derecha. Allí empezaba un pasillo de servicios, en donde se divisaba una puerta metálica, con el indicativo de CABINA DE PROYECCION y la inevitable advertencia de que el paso estaba prohibido a todo el personal no autorizado.

Bruden se puso la chaqueta. Sacó unas ganzúas, probó dos o tres y consiguió abrir la puerta de la cabina.

Cerró suavemente a sus espaldas. Los orificios de proyección estaban cerrados por las trampillas. Encendió las luces.

Durante un rato, estuvo mirando a todas partes. De pronto, se dio cuenta de un detalle.

Hacía ya tiempo que la cabina no se usaba. Por lo visto, pensó, no actuaban cantantes con afición a tener un fondo cinematográfico a sus espaldas. Resultaba anticuado, pasado de moda.

El suelo estaba cubierto de polvo. Pero había infinidad de pisadas, lo cual significaba que la Policía también había estado allí en busca de huellas.

No ganaría mucho, se dijo, desalentado. Pero decidió que convenía seguir investigando. Avanzó unos pasos más y estudió detenidamente todas las señales de pisadas impresas en el polvo.

De pronto, se dio cuenta de un detalle.

Había señales solamente de dos personas: una calzaba con zapatos y la otra con zapatillas de deporte. La primera, sin duda, había dejado más señales que la segunda. ¿Por qué?

En cuclillas, examinó las huellas. La Policía también lo habría hecho, se dijo. Entonces, ¿no estaba perdiendo el tiempo?

De repente, vio algo debajo del aparato sustentador de una de los proyectores. Tiró con suavidad y sacó un trocito de cartón, no mucho mayor que la uña de su pulgar, único resto, evidentemente, de la carpetilla de una tira de fósforos.

La cubierta era de color amarillo vivo y tenía sólo dos letras: C. O.

—No es mucho, pero más vale esto que nada —se dijo.

Luego se acercó a una de las ventanillas y recorrió cautelosamente la trampilla protectora. Desde allí se divisaba el escenario a la perfección, a menos de cincuenta metros de distancia.

Se imaginó la escena: el asesino, con un fusil, la mira telescópica, el silenciador... El fallo era imposible. El cañón del arma, además, se habría apoyado en el borde inferior de la ventanilla, lo que habría conferido una seguridad absoluta al tirador.

Cerró con cuidado y se dispuso a salir. Cuando cruzaba la puerta, algo le golpeó duramente en la cabeza.

Cayó de rodillas, venciéndose hacia adelante. El desconocido repitió el golpe y Bruden se sumergió en una noche negra y sin ruidos.

CAPITULO III

—Tienes una mala cara horrible, Jesse.

Bruden asintió, mientras despachaba el contenido del vaso de licor que le había servido Rick Loomis, buen amigo suyo y propietario de un acreditado bar, con una segura, fiel y abundante clientela.

—Es lógico. Hoy me han hecho dos «bollos» en la cabeza —contestó el joven.

—Algún marido celoso, supongo —rió Loomis.

—¡Qué gracioso! —resopló el joven—. Esto me lo ha hecho alguien que tiene mucho que ver con la muerte de Venus Bwinn.

—No me digas. ¿Has metido la nariz en ese asunto?

—Me han empujado, Rick.

—Un asunto feo, Jesse.

—¿De veras?

—Hay peces gordos metidos en esto. Déjalo, Jesse; es el consejo de un buen amigo.

Bruden miró fijamente a su interlocutor. Loomis era hombre que sabía muchas cosas, pero también sabía ser discreto y, las más de las ocasiones, era tan parlanchín como una tumba.

—¿Cómo sabes que hay peces gordos, Rick? —preguntó.

Loomis llenó nuevamente el vaso de su cliente.

—Por cuenta de la casa —dijo—. Bebe y ve luego a acostarte. Es lo que recomiendan los médicos después de un par de estacazos en la cabeza.

—Rick, déjate de tonterías. Tú sabes algo. Dímelo...
—Lo siento. Yo sigo mi lema de siempre: ver, oír, callar... y cobrar.
—¿Y ayudar a los amigos?
—No, cuando el propio pellejo puede estar en peligro.
—¿Tan feo está el asunto?
—Feísimo. Pero puedo darte un consejo.
—Si es bueno, lo acepto.
—Es bueno. Ve a ver a L. Halpert, agente artístico. Representó a Venus una temporada. Prácticamente, desde que empezó a cantar, hará unos seis o siete años. Halpert puede contarte muchas cosas de esa pobre chica.
—Consejo aceptado —respondió Bruden—. Gracias, Rick.

* * *

La puerta estaba entreabierta. En letras doradas, pero que ya habían perdido su brillo, podía leerse: L. HALPERT. AGENTE ARTISTICO. Bruden tocó con los nudillos en la madera.

—Está abierto —sonó una lejana voz de mujer—. Puede pasar. Bruden empujó la puerta. Había allí un antedespacho, de aspecto vulgar, con las paredes llenas de fotografías de artistas de ambos sexos, y con las más variadas indumentarias y en posturas que parecía imposible pudiese adoptar un ser humano. Pasó luego a un solitario despacho y, desde allí, oyó una especie de gruñido casi animal.

Llegó a la última puerta y empujó. Estaba en un dormitorio, en el que había una mujer luchando evidentemente con una prenda íntima.

—Parece que es un número inferior a su talla. —dijo.

—¿Verdad que sí? —contestó la mujer. Era alta, grande, voluminosa, pero no había perdido del todo la esbeltez de los veinte años. Seguramente, había sido siempre así desde que salió de la adolescencia, calculó Bruden. Ella estaba vestida únicamente con la falda y los zapatos de medio tacón, adecuadamente sólidos a su masa—. Oiga, ¿por qué no me ayuda a sujetar la presilla?

—Le quitará la respiración —sonrió Bruden.

Ella lanzó una maldición. Luego tiró el sostén a un lado.

—Tendré que usar el viejo —se lamentó—. Bueno, desembuche, amigo; suelte lo que tenga que decir.

—Estoy buscando a L. Halpert, agente artístico.

—Soy yo —dijo la mujer. Se había puesto el sostén y giró hacia el joven—. Leni, de L —añadió, sonriendo—. ¿Qué hace? ¿Canta, baila, tiene un elefante amaestrado? ¿Ha enseñado a hablar a un perro y quiere presentarlo en las próximas elecciones presidenciales?

—Nada de eso —contestó el joven—. Soy el muñeco del ventrílocuo. Mi amo se ha quedado en casa.

—Maravilloso. Tendrá mucho éxito —rió la mujer, mientras empezaba a ponerse una blusa, para cubrir así sus senos descomunales—. Apuesto algo a que su amo es pequeño, bajito, chato y tiene los ojos negros y muy grandes. ¿Cuál es el nombre?

—Jesse Bruden. Señora Halpert...

—Todos me llaman Leni y soy soltera. ¿Qué quieres, buen mozo?

—Hablar de Venus Bwinn.

Leni se puso seria de pronto.

—Ah, esa pobre chica... Ven a mi sala; tomaremos un whisky —invitó.

—Tienes el despacho en tu propio apartamento —observó él, momentos más tarde. ¹

—Economías, Jesse. Los tiempos están muy difíciles. Ya ves, encontré una joya y otros se aprovecharon. Ahora podría nadar en billetes y tengo que representar a un par de docenas de gánapiros, que apenas si proporcionan lo suficiente para conseguir tres comidas al día. Venus hubiera sido el número fuerte de mi vida profesional y otros me lo birlaron.

—¿Quién, si se puede saber?

—Supongo que habría más detrás de él, claro, pero sólo puedo mencionarte un nombre: Henry DiBrecca.

Bruden anotó el nombre en su agenda.

—¿Sabe dónde vive?

—No creo que viva a estas horas. Hace un par de meses que desapareció. —Leni emitió una atroz interjección—. Pero, ¿es posible que no hayas oído hablar de DiBrecca?

—Ni palabra, lo confieso —respondió él.

—Era un hombre del Sindicato en esta población. Muy guapo, todo hay que decirlo. Las apuestas son diez a uno a que está en alguna parte, a varios metros bajo el agua y con un lastre en los pies.

—¿A qué sindicato te refieres? —preguntó Bruden.

Leni soltó una carcajada que hizo temblar sus pechos.

—¿Eres tonto? No es un sindicato profesional, sino de los otros. Aunque tenía la agencia como tapadera, DiBrecca era de «ellos», ¿comprendes?

—¿Mafia?

Leni hizo un gesto ambiguo. Era evidente que no se quería comprometer demasiado, supuso Bruden. Pero sí, DiBrecca debía de haber sido un gángster de nota.

—No comprendo cómo pudo Venus aceptar ser representada por un tipo de esa clase —observó.

—Yo tampoco. Naturalmente, traté de impedirlo, pero DiBrecca envió a dos de sus gorilas y me dieron una buena tunda. Comprenderás que desistí en al acto y dejé que Venus se marchara con él.

—¿Aceptó ella?

—¡Claro! Sin pensárselo dos veces. Me dejó como un trapo viejo, después de lo que había hecho yo... —Leni apuró su vaso de un trago y torció la boca—. Debo admitir que DiBrecca conocía el paño, aunque fuese un gángster, y la hizo progresar enormemente. Pero luego...

—Luego, ¿qué?

—Ocurrió algo. Se pelearon. Estaban muy enamorados, por lo menos, ella de él. Se separaron.

—¿Cuánto tiempo hace de eso?

—Oh, un mes, aproximadamente. Estuvieron juntos cosa de año y medio. Juntos, en toda la extensión de la palabra. Después, por las causas que fueran, sobrevino la ruptura. Me la encontré hace un par de semanas y dijo que en lo sucesivo se representaría a sí misma. Le deseé suerte. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—Leni, ¿sabes quiénes fueron los gorilas que te sacudieron?

—Desde luego, aunque te aconsejo que no tosas a menos de diez pasos de distancia. Son muy susceptibles, ¿comprendes?

—Dime los nombres —insistió Bruden.

Leni lo hizo así. Después añadió:

—Para mayor facilidad, si quieres verlos, los encontrarás en el Commodore. Van allí casi todas las noches.

—Gracias, preciosa.

—¡Huy, qué tipo tan simpático! —rió la mujer—. No me habían dicho eso desde que me puse mi primer sostén.

Bruden contempló críticamente el pecho femenino.

—Esa región se ha desarrollado un poco desde entonces —sonrió.

—Demasiado. Oye, para ser el muñeco de un ventrílocuo, tu amo te ha enseñado muy bien. ¿No te interesa un contrato, buen mozo?

—Ahora, no. Gracias, Leni.

—Tú no eres artista. ¿Policía?

—Algo parecido.

Bruden salió de la casa con sabor a cenizas en la boca. Venus

Bwinn, Peggy Hardon, la hermosa adolescente de sus tiempos de estudiante..., la muchacha rubia, casi pelirroja, con la cara pecosa... se había transformado en una hermosa mujer, que luego se había convertido en la amante de un gángster.

Escupió al suelo. Para fiarse de las mujeres, se dijo, lleno de amargura por el nada grato descubrimiento.

* * *

Estaba cenando en un restaurante próximo a su casa, cuando, de pronto, vio a Diana. La joven se le acercó inmediatamente y se sentó frente a él.

—¿Quiere cenar conmigo? —dijo Bruden.

—Luego lo incluirá en los gastos, ¿verdad?

—Lo mismo da. Si se paga su cena, me ahorrará incluirla en la nota de gastos, pero el resultado económico será el mismo para usted.

Diana sonrió.

—Tiene razón. Dejaré que me invite. ¿Qué noticias tiene?

Una camarera se acercó. Diana le encargó un sobrio menú. Luego, Bruden dijo:

—Las noticias no son agradables. ¿Qué sabe usted de Herr* DiBrecca?

Ella se irritó.

—Ese miserable... Yo traté de apartarla de su lado, pero ella no me hizo caso... Le tenía sorbido el seso, ¿sabe?

—Ese es un asunto que escapa a las competencias de una secretaria personal —dijo Bruden.

—Una secretaria personal que se precie un poco está para algo más que contestar cartas de admiradores y enviar finografías dedicadas. Al menos, yo lo intenté.

—Y no le salió bien.

—Estaba loca por aquel miserable —contestó Diana—. Y cuando una mujer pierde la cabeza por un hombre...

—No siga, me imagino el resto. Sin embargo, rompieron hace cosa de un mes.

—Sí. Me lo dijo Venus. «He acabado con Henry. Estarás contenta, supongo», dijo, más o menos.

—Y usted, ¿qué le contestó?

—Simplemente, que me alegraba, ya que siempre había pensado que no era el hombre de su vida. Luego me pidió que no volviera a comentar más el asunto, que quería enterrarlo definitivamente.

—¿Enterrarlo u olvidarlo?

—¿Qué sé yo? No recuerdo las frases exactas... pero el resultado es el mismo, ¿no le parece?

—Según se mire, sobre todo, si se piensa que Henry ha

desaparecido y se sospecha pueda estar muerto.

Diana se quedó rígida en su silla.

—¿Habla en serio?

—Tengo que confirmarlo, pero mi informador lo sospecha.

—Tenía que acabar así —dijo ella pensativamente—, Henry se relacionaba con personajes muy extraños, algunos con verdadera pinta de forajidos.

—¿Y no le comentó nunca Venus nada acerca de sus relaciones con el gángster?

—No, jamás. Respecto a eso, era una verdadera tumba. Lo siento, señor Bruden. ¿Qué más ha averiguado?

—Poca cosa, excepto que parece que hay alguien interesado en que la tapa de la caldera continúe en su sitio y que nadie la levante.

—¿Qué quiere decir con esas frases tan oscuras?

Bruden se tocó la parte posterior de la cabeza. Luego relató a su interlocutora el incidente ocurrido en la cabina de proyección del Siglo XXI.

—Lo siento muchísimo —dijo Diana—. No me imaginé que esto pudiera acarrearle daños físicos.

—Son gajes del oficio —sonrió él—. Pero, en medio de todo, tengo una pista, aunque sea muy pequeña. Pero menos es nada, ¿no le parece?

—Sí, desde luego. ¿Irás al Commodore esta noche?

Bruden reflexionó unos instantes. Ahora ya sabía que el trozo de cartulina amarillo era de un sobre de fósforos hecho para la propaganda de aquel local.

—No —dijo al cabo—. He recibido un par de buenos golpes, estuve sin sentido cosa de diez o quince minutos y creo que me conviene una noche entera de reposo.

—Es una idea muy sensata. ¿Le verá mañana?

—No puedo garantizarle una hora fija...

Diana sonrió.

—Llamaré por la mañana, para ver cómo se encuentra. Deseo sinceramente que encuentre el alivio que necesita.

La conversación tomó luego otro rumbo. Media hora más tarde, se separaron. Diana subió a su coche y se alejó.

El apartamento de Bruden estaba a un par de manzanas y caminó a pie, respirando el aire fresco de la noche. Inesperadamente, dos hombres surgieron de la oscuridad de un callejón cercana y se situaron a ambos lados.

—Mire ese coche de la izquierda, Bruden —dijo uno de los sujetos—. Entre sin hacer ruido, por favor.

—No nos gustaría hacerlo hacerlo a nosotros con las pistolas —

añadió el otro sujeto.

Bruden miró a derecha e izquierda. Apenas había gente en la calle y ni rastro de un coche patrulla.

Sólo el coche negro que aguardaba junto a la acera, con el suave ronroneo de su motor en marcha y un estólido sujeto al volante.

Bruden asintió:

—Voy a pedirles un favor. No me golpeen; haré todo lo que me digan. Ya me han atizado hoy dos veces y...

—Si usted se porta bien, nosotros también nos portaremos del mismo modo —contestó el sujeto que había hablado primeramente.

Bruden entró en el coche. Inmediatamente, uno de los individuos le puso una máscara negra sin agujeros sobre los ojos.

—No trate de quitársela o le haremos daño —advirtió.

—Repito que no pienso desobedecerles —contestó el joven.

«A menos que me vea en inminente peligro de muerte», añadió mentalmente.

CAPITULO IV

Una hora más tarde, se encontraba en una sala apenas amueblada con una mesa y dos sillas. Detrás de la mesa había un hombre al que no podía ver el rostro, tanto por la potente lámpara enfocada directamente a los ojos como por la capucha negra con que cubría completamente su rostro.

El desconocido, sin embargo, había cometido un error. Tenía los codos apoyados sobre la mesa y ello hacía que las mangas de su chaqueta se hubieran subido un poco. Bruden apreció el enorme y costoso reloj de oro, con un diseño absurdamente futurista, y una pulsera de casi cinco centímetros de anchura. Almacenó el detalle en su mente.

La otra silla era para él. Se había sentado y uno de los captores le había ofrecido un vaso de whisky, cuyo contenido le había entonado notablemente, incluso le dieron de fumar.

—Verá que le estamos tratando bien, señor Bruden —dijo el encapuchado—. Naturalmente, estimaríamos en mucho su cooperación, y creo que usted se imagina fácilmente a qué me refiero.

—El asesinato de Venus Bwinn ha hecho mucho ruido, me parece —comentó el joven—. Y eso que la dispararon con silenciador.

—¿Verdad que sí? —dijo el encapuchado de buen humor—. Ahora, en serio, cuéntenos, ¿qué ha averiguado del asunto?

—¿Es necesario que se lo diga?

—Dino y Grottie podrían hacerle daño si yo se lo ordenase.

Bruden apretó los labios. Sí, indudablemente, Henry DiBrecca había tenido unas relaciones muy especiales.

—No sé mucho —contestó.

—Diga todo lo que sepa. Pero, ¿sobre todo, por qué ha metido la nariz en este asunto?

—Hombre, es mi oficio. Me contrataron y...

—¿Quién?

—Si se lo digo, no se lo va a creer.

—Señor Bruden, por favor, no me haga perder la paciencia. ¿Se llama Denis Copitto el hombre que le ha contratado?

—¿Copitto? ¡No he oído jamás ese nombre!

—Mi paciencia empieza a agotarse...

—¡Oiga! —protestó el joven—. ¿Qué quiere que diga? ¿Sí? Pues ya está; sí, me ha contratado Copitto. ¿Se sentirá así más tranquilo?

Los dedos del encapuchado se entrelazaron y sus nudillos crujieron ominosamente.

—Estamos de broma y es un asunto muy serio, tanto, que usted no representa en él menos que una mosca en un estercolero. ¿Comprende lo que trato de decirle?

—Pues si represento tan poco, ¿por qué no me suelta?

El desconocido inspiró fuertemente.

—Siento tener que hacerlo, pero le considero muy perturbador para la marcha de mis asuntos. Dino, Grottie, ya sabéis lo que tenéis que hacer con él.

—Bien, jefe —contestaron los dos esbirros al unísono.

Bruden protestó airadamente.

—Pero, ¿qué piensan hacer conmigo? —gritó—. Yo no les he hecho nada...

El encapuchado se puso en pie.

—¡Fuera! —aulló—. ¡Acabad con él!

Bruden intentó resistirse, pero los dos esbirros eran tremendamente voluminosos y todos sus esfuerzos resultaron inútiles. Inexorablemente, se vio arrastrado hacia el exterior de la casa que, advirtió entonces, estaba en un paraje completamente solitario, muy alejada de la población.

Llegaron al jardín, frondoso, umbrío, en el que había unos cuantos árboles de espeso ramaje. Una voz sonó desde la entrada:

—Esperad unos minutos a que me haya alejado.

A los pocos segundos, se oyó el ruido de un coche que arrancaba. Bruden quedó solo con los dos sicarios, entregado a sus amargas reflexiones y sabiendo que le quedaban muy pocos minutos de vida.

Se preguntó qué sentiría al recibir el primer disparo. «¿Me dolerá?» En todo caso, sería una sensación muy rápida y pronto perdería el conocimiento para siempre.

Pero, ¿por qué? ¿Por qué tenía que morir tan joven? ¿No podía hacer nada para librarse de tan siniestro final?

Los dos pistoleros guardaron un ominoso silencio. Ahora sólo uno de ellos le sujetaba por un brazo. Desesperadamente, Bruden pensó en la mejor forma de defenderse.

Al menos, no le matarían como a un borrego...

Las pupilas se habían habituado ya a las tinieblas. Así pudo apreciar que el jardín estaba bastante descuidado, en realidad, totalmente abandonado. Los arbustos y los matorrales crecían libremente por todas partes...

De súbito vio algo caído en el suelo, a dos o tres pasos de distancia. Era una estaca, un piquete empleado para una valla de red metálica y arrojado allí como un objeto ya inservible. Medía cosa de dos metros y, aunque supuso estaría oxidado, podía ser utilizado como arma.

Los pistoleros permanecían inmóviles, callados. Bruden decidió iniciar la ofensiva, sorprendiéndoles.

* * *

Sonó un aullido y el hombre empezó a saltar a la pata coja. Bruden saltó hacia adelante, se apoderó de la estaca de metal y giró en redondo.

La estaca, como había supuesto, era cilíndrica, sólida pese a su poco diámetro. Mientras el pistolero pisoteado saltaba ridículamente, el otro, maldiciendo a voz en cuello, se esforzaba por sacar su pistola.

La barra giró horizontalmente y golpeó un rostro humano, con indescriptible violencia. Se oyó un gemido ahogado, al mismo tiempo que un horrible chasquido de huesos. El pistolero se desplomó fulminado.

El otro dejó de saltar y sacó su pistola. Empuñando la estaca por un extremo, Bruden la usó despiadadamente. Era su propia vida la que estaba en juego.

La barra metálica descendió con enorme potencia y cayó sobre un cráneo humano. Bruden oyó de nuevo aquel horrible sonido de huesos rotos. El otro pistolero no pudo quejarse siquiera; como su compañero, cayó al suelo y ya no se movió.

Bruden permaneció inmóvil unos segundos, todavía con la barra en las manos, jadeante, empapado de sudor, sin respiración apenas. Luego, poco a poco, empezó a tranquilizarse.

Para seguridad propia, registró a uno de los caídos y le quitó un revólver de cañón corto, que ya tenía puesto el silenciador. Luego se dispuso a marcharse de allí, pero entonces pensó que no le convenía que pudieran relacionarle con lo ocurrido y limpió cuidadosamente la barra, a fin de borrar sus huellas dactilares.

Abandonó el jardín. El coche negro estaba allí. Bruden apreció que el chófer había desaparecido.

Probablemente, se había marchado con el desconocido. Colérico, blandió el puño.

—Te encontraré, maldito bastardo —dijo.

Sentíase lleno de furia. Había estado a punto de morir y aún no se le había pasado del todo el susto. Poco a poco, sin embargo, se tranquilizó, en especial al recibir en el rostro el aire fresco de la marcha del automóvil, del cual se había apropiado sin el menor escrúpulo.

El vehículo quedó abandonado en un lugar discreto. Caminó durante unos quinientos metros y luego tomó un taxi que le llevó directamente a su casa. Se había salvado de una buena, pero ello le hacía saber que la investigación no iba a ser precisamente un

Leni abrió la puerta y arqueó las cejas al reconocer a su visitante.
—¿Otra vez? ¿Por qué no viene tu amo, pequeñín?

Bruden rió suavemente.

—Le hablé mucho de ti y creo que le gustarás —contestó—. ¿Te importa que siga haciéndote preguntas?

Ella se encogió de hombros.

—Pasa —accedió—. No creo saber mucho más de lo que te dije ayer.

—Quizá sí.

Bruden llevaba algo en las manos. Quitó el papel y dejó al descubierto una botella.

—Por cuenta mía —dijo.

Leni sonrió.

—Eres un tipo estupendo. Lástima que no seas artista de... de algo.

—Hay algo en lo que sí soy un artista, encanto. Si quieres, te lo demuestro prácticamente.

Ella hizo una mueca.

—Lo siento. Otra vez será —contestó maliciosamente.

—Lástima —dijo Bruden, en el fondo muy aliviado—.

¿Qué más sabes de DiBrecca? ¿Era, de veras, un jefazo del Sindicato?

—Por lo menos, un ejecutivo de alto rango, con facultades de recaudador de fondos.

—Y su tapadera era la agencia artística.

—Sí y no.

—¿Cómo se comprende eso?

Bruden tuvo que aguardar la respuesta, hasta que Leni llenó los dos vasos.

—La agencia funcionaba legalmente y DiBrecca representaba a varios artistas —dijo ella al cabo—. Por tanto, era un negocio lícito, pero también era su tapadera.

—Ahora ya lo entiendo. ¿Crees que Henry está muerto?

Leni bebió un buen trago y asintió.

—Sí. No ha podido ser de otro modo. Sobre todo, si se tienen en cuenta los rumores que corren por ahí.

—¿Qué rumores, dulzura?

—Dos millones de «pavos».

—Oh, vamos, vamos... ¿Sabes cuánto representa esa suma?

—No soy capaz de imaginármelo, pero te repito lo que se dice por ahí. Dos millones de dólares han volado y nadie sabe dónde están. Y el que lo sabía, ha muerto.

—Henry.

—Sí.

—¿Crees que Venus tenía algo que ver con el asunto?

Leni se encogió de hombros.

—Yo no era la fulana de Henry —contestó.

—Entiendo. Tú crees que Henry pudo hacerle confidencias...

—Y, ¿quién sabe? Hasta ella pudo quedarse con la «pasta» y hacer que se cargaran a Henry. Desengáñate, Jesse; dos millones son una tentación que no resistiría el más santo.

—Estoy seguro de ello —dijo el joven, ya completamente desengañado de Venus—. Oye, ¿conoces a unos tipos llamados Dino y Grottie?

—¡Diablos! Son los mismos que me apalearon —exclamó Leni—. ¿Cómo has llegado a conocerlos?

—Anoche quisieron «apiolarme» —repuso él, sonriendo amargamente.

—Estás de broma —dijo ella, con los ojos muy abiertos.

—Nada de eso, muñeca. Claro que no lo hicieron por propia iniciativa. Pero, si ahora está muerto Henry, ¿para quién trabajaban?

Prudentemente, Bruden ocultó lo sucedido la víspera en la casa solitaria. Además, no quería complicar a Leni innecesariamente.

—Ugo Morilli —respondió ella—. En el Commodore podrás encontrarlo. Pero aún no me has dicho qué te pasó.

—Nada, me llevaron fuera de la ciudad... Dijeron que me convenían los aires puros del campo, pero yo les convencí de que prefiero la atmósfera contaminada de la capital. Mis argumentos resultaron más persuasivos.

—Se necesitan redaños para tener a raya a esos dos ganapanes. Pero no te fíes, Jesse.

—Descuida, lo tendré en cuenta. Oye, ¿Morilli es el jefe?

—Por lo menos, un pez de categoría. En esta clase de asuntos, ¿quién puede decir que es el jefe? Y el que lo sabe, se lo calla.

—Muy discreto —convino él—. Bueno, guapa, me marchó. Gracias por todo.

Bruden se encaminó hacia la puerta. Antes de salir, recordó algo y, sonriendo, se volvió hacia Leni.

—¿Ya has encontrado sostén de tu talla? —preguntó.

Ella le miró divertidamente.

—Me compré un pantalón de deporte, corto, cosí las perneras por

la parte de abajo y así solucioné el problema —contestó.

Bruden agitó la mano. Abrió la puerta y salió.

Aquella noche tendría que ir al Commodore. Se preguntó si le convendría asistir acompañado. Pero si Morilli está allí, seguramente le conocería.

No, más valía ir solo, decidió finalmente.

Y, de pronto, recordó algo en lo que apenas había pensado hasta el momento. Subió a su coche, lo puso en marcha y se fue a ver a un amigo al que hacía mucho tiempo no saludaba. En realidad, más que amigo era un colaborador y sabía tendría que darle cien dólares por sus informes.

—Quiero contratar un asesino —dijo, apenas estuvo enfrente del sujeto, un tipo de mediana edad, casi calvo, con la nariz ganchuda y la mirada huidiza. Casi siempre llevaba los párpados entornados, pero Bruden sabía que había muy pocas cosas que se escapasen a Dickie Durrin, alias El Mochuelo.

—Estás loco, Jesse —contestó Durrin—. ¿A quién tienes ganas de enviar al otro barrio?

—Eso es cuenta mía. Tú recomiéndame uno discreto...

—No me trato con esa clase de gente.

—Sé de uno que lo hizo el otro día a las mil maravillas, en el Siglo XXI. Y apostarí a cien dólares contra uno a que tú sabes quién es.

El billete ondeó delante de la ganchuda nariz de Durrin, quien, de pronto, alargó ja mano y lo hizo pasar a su poder.

—Has ganado —dijo—. Te recomiendo a Forrest Hoover, alias El Gerente. Parece el alto ejecutivo de una gran empresa, un hombre amable, cortés, siempre elegante pero discretamente vestido, muy servicial. Cuando lo ves, te parece que regresa a su casa, donde le esperan su amante esposa, con el periódico y las zapatillas, los niños y un perro lanudo. Pero eso engaña, Jesse.

Bruden sonrió.

—Falta la dirección, después de lo cual te daré un beso en la calva —dijo alegremente.

—Ni se te ocurra —se ofendió Durrin. Y cuando su amigo ya se marchaba, agitó la mano—. Una advertencia, muchacho.

—¿Sí?

—El Gerente lleva una pistola-pluma sujeta al antebrazo derecho, bajo la manga del traje. Puede darte un disgusto, si no estás prevenido.

—Ahora ya lo estoy —se despidió Bruden.

CAPITULO V

Había bastante animación en el Commodore. Las camareras, todas jóvenes y atractivas, usaban el uniforme *top-less*, vestidas solamente con un pedacito de tela en la parte inferior del cuerpo. Había más tela en el gorrito que en el traje propiamente dicho. Todo el «uniforme» era de color rojo vivo, incluso los zapatos. Bruden se acercó al mostrador, pidió una copa y se entretuvo unos minutos contemplando el espectáculo, que no tenía demasiado interés.

Una hermosa mujer se le acercó de pronto.

—El señor querrá sin duda una mesa —dijo.

Bruden se volvió. Aquella camarera llevaba los senos cubiertos. Su uniforme era mejor que el de las otras y tenía vivos dorados.

—No deseo una mesa, gracias —contestó.

—Siento haberle molestado. Creí que le gustaría ver el espectáculo con más comodidad. Pero no importa, porque lo olvidará muy pronto. El señor tiene una memoria pésima —dijo ella sonriendo.

Bruden entornó los ojos.

—Su cara me parece conocida...

—Jane Muldoon. Me librate hace años de ir a la cárcel. Pusiste la fianza por mí, Jesse.

—Claro —dijo él, admirado—. Lo recuerdo perfectamente... Perdona mi falta de memoria... Bueno, no sé qué estoy diciéndote, salvo que no hago más que decir tonterías... Pero, ¿qué diablos haces aquí, Jane?

—Soy jefa de camareras. Me va muy bien —contestó ella—. ¿Quieres algo?

—Gracias, ya tengo todo lo que necesito. Aunque... ¿cuánto tiempo llevas aquí?

—Dos años y medio, aproximadamente.

—¿Podría hablar contigo en otro momento?

—Siempre que quieras, Jesse. Ahora, dispénseme, pero tengo trabajo.

Jane se alejó. Bruden la contempló unos instantes. Era una hermosa mujer, aunque ya había pasado de los treinta años. Sí, una entrevista con Jane, a solas, en su casa, resultaría muy interesante. «En todos los sentidos», agregó mentalmente.

De repente, un hombre llegó al mostrador y agitó la mano izquierda casi en el propio rostro de Bruden.

—Eh, guapa, dame una tira de fósforos; he olvidado el encendedor en casa.

—Al momento, señor Morilli —contestó la *barmaid*.

Bruden ocultó el rostro lo mejor que pudo, detrás del vaso y de la mano, pero no por ello dejó de mirar intensamente el antebrazo del sujeto, en el que brillaba un enorme reloj de oro, que él había visto muy bien veinticuatro horas antes.

Morilli se marchó sin haber reparado en el joven. Al cabo de unos momentos, Bruden se arriesgó a mirar hacia atrás.

El individuo estaba sentado a una mesa con una pareja, hombre y mujer, él de unos cuarenta años y ella algo más joven. Parecían gente distinguida, ansiosos de un rato de diversión. No, aquella pareja no tenía nada que ver con las criminales actividades de Morilli.

Pagó la consumición y procuró abandonar el local discretamente.

* * *

Morilli salió del Commodore y caminó hacia la zona de estacionamiento. Su paso no era demasiado firme. Había tomado unas cuantas copas de más y, aunque procuraba mantener el equilibrio, no siempre lo conseguía.

Parecía muy contento. Bruden le miró con repugnancia.

Morilli llegó junto a su coche y lanzó un gruñido:

—Eh, Mickey, ¿dónde estás? Llévame a casa; estoy un poco mareado, ¿sabes?

Bruden se le acercó y lo ayudó a entrar en el asiento posterior. Morilli se sentó, casi tumbado, y emitió un sonoro eructo.

—Cerdo —murmuró Bruden.

—¿Decías algo, Mickey? —preguntó Morilli con voz tartajosa.

—No, nada —contestó el joven entre dientes.

Ya tenía en su poder la pistola que le había arrebatado a Morilli, al sujetarle por el cuerpo para evitar que cayera al suelo. El tipo había bebido bastante más de lo normal.

Bruden puso el coche en movimiento. Antes de un minuto, oyó los sonoros ronquidos del sujeto.

Sonrió para sí. La cosa iba a resultar más fácil de lo que había calculado.

Una hora más tarde, Bruden detuvo el coche en un paraje completamente solitario. El camino era angosto, de tierra, con el suelo muy irregular. A la derecha se veían correr las frescas aguas de un arroyo, que centelleaba al ser alumbrado por los rayos de la luna que se filtraban entre los árboles que crecían abundantemente en ambas orillas.

Al borde del camino había un pequeño talud, que terminaba en la ribera del arroyo, a cuatro o cinco metros de distancia y a unos tres más abajo. Bruden sonrió. Había estado pescando allí en más de una ocasión y conocía bien el lugar.

Después de apearse, abrió la portezuela del lado derecho.

—Ya hemos llegado a casa, señor.

Morilli resopló y dijo algo ininteligible. Luego, haciendo un esfuerzo para disipar la nube alcohólica en que estaba envuelto, se apeó del coche... y, en el acto, al perder el equilibrio, rodó por el talud.

El susto le hizo lanzar un grito. Cuando se quiso dar cuenta, ya tenía la mitad superior del cuerpo sumergida en las frías aguas del arroyo. Chillando frenéticamente, porque no comprendía en absoluto lo que le sucedía, empezó a levantarse, chorreando por todas partes.

Cuando daba la vuelta, un pie se apoyó en su estómago, lanzándole de espaldas al arroyo. Esta vez la inmersión fue completa, aunque Bruden sabía que no había peligro de que se ahogase, porque la profundidad del arroyo no llegaba al metro. Empapado completamente, con los cabellos pegados a las sienes, tosiendo y espurreando agua, Morilli intentó salir a la orilla.

Entonces se encontró de nuevo con el joven. Bruden lo agarró por las solapas de su traje y lo sacudió hasta que le castañetearon los dientes.

—Hijo de perra, ¿por qué quisiste asesinarme? —barbotó—. ¿Qué demonios te había hecho yo, para mandar a tus esbirros que me liquidasen?

Morilli abrió los ojos desmesuradamente. Las aguas del arroyo habían eliminado la borrachera y ahora reconocía a su oponente.

—¡Jesús, es Bruden! —exclamó.

—Y no salgo de la tumba. Contesta, ¿por qué ordenaste que me asesinaran?

—No fui... yo... Me mandaron..

—¿Quién?

—No puedo decirlo. De veras que no puedo. Me mataría...

—¿Olvidas que estás en mi poder?

—Pero usted no me matará.

—No estés tan seguro. Tengo tu pistola, ¿sabes?

Morilli se había recuperado ya.

—Usted no es de los que hacen esas cosas —dijo—. Puede golpearme, romperme un brazo, los dos, las piernas... pero no se lo diré. ¡Por Dios, firmaríamí sentencia de muerte!

Bruden entornó los ojos.

—Debe ser un personaje muy importante, ¿verdad?

Morilli apretó los labios. De pronto, Bruden le vio que volvía la vista ligeramente.

Algo chasqueó en las inmediaciones. Bruden saltó a un lado, justo para evitar el ataque de un individuo que había aparecido inesperadamente.

Morilli lanzó un aullido:

—¡Pégale duro, Mickey!

Bruden maldijo entre dientes. Debería haber atado al chófer de Morilli, se dijo. Lo había sorprendido, desvaneciéndolo de un puñetazo, y escondiéndolo luego en el maletero del coche. De alguna forma que no alcanzaba a comprender, Mickey había conseguido liberarse y ahora cargaba furiosamente contra él.

Al retroceder, tropezó en una piedra y cayó de espaldas, Mickey, fallado el golpe, cayó también, atravesado sobre sus piernas.

Bruden encogió la derecha y luego le disparó el pie contra el costado del chófer, haciéndole rodar por el suelo. Inmediatamente, se puso en pie.

Mickey también se levantó. De pronto, con el rabillo del ojo, Bruden vio algo que brillaba en la mano derecha de Morilli.

Había una expresión asesina en los ojos del sujeto. Bruden supo que le había quitado la pistola, pero no se había preocupado de otras armas. Y ahora, Morilli se disponía a atacarle con una navaja automática, con veinte centímetros de hoja.

Mickey se había levantado y cargaba de nuevo contra él. Bruden se le arrojó encima, rodeándolo con los brazos a la altura de los hombros, apenas una fracción de segundo antes de que Morilli descargase su golpe fatal. Cuando vio que la mano de Morilli se movía en un impulso ya incontenible, giró un cuarto a su derecha y el cuerpo de Mickey le sirvió como escudo.

Sonó un alarido desgarrador.

—¡Me ha matado, jefe! —aulló el chófer.

Morilli se desconcertó. Bruden le arrojó encima el cuerpo de Mickey. Los dos rodaron por el suelo, en confuso montón. Pero sólo uno se levantó, a tiempo de recibir en el mentón un devastador puñetazo de Bruden. Se oyó un hondo suspiro. Morilli abrió los brazos y se desplomó de espaldas. Bruden inspiró con fuerza.

La cosa había salido bastante mejor de lo que esperaba. Pasados unos minutos, se sintió mejor.

Mickey ya no alentaba. Tras reflexionar unos segundos, Bruden decidió abandonar el lugar. Morilli tendría que caminar muchos kilómetros antes de llegar a un paraje frecuentado por automovilistas.

—¡Que reviente! —gruñó, mientras hacía arrancar el coche y maniobraba para invertir el sentido de la marcha.

* * *

Dormía aún, boca abajo, cuando una mano le golpeó las posaderas fuertemente, arrancándole a su sueño.

—¡Despierte! Son más de las once de la mañana. ¿Es así como se gana el dinero que le pagué?

Bruden se cubrió la cabeza con la almohada.

—Oh, por favor, déjeme seguir...

Diana soltó una risita.

—Fue una buena juerga, ¿eh?

—¿Qué estás diciendo?

—Después del Commodore, la continuó en algún otro lugar. Y no solo, naturalmente.

Bruden apartó la almohada y se sentó en la cama, frotándose los ojos con las dos manos.

—La juerga fue con Morilli —contestó—. Y sucedió a muchos kilómetros de este lugar, y de nuevo estuve a punto de perder el pellejo.

—¡Qué interesante! Cuente, cuente...

—Déjeme reaccionar, mujer. Oiga, ¿por qué no enciende el fuego y prepara café para cuando salga del baño?

—Está bien. Le concedo diez minutos —dijo Diana, a la vez que se alejaba, taconeando vivamente.

Bruden la contempló unos instantes y luego meneó la cabeza. Cuando iba a levantarse, sonó el teléfono.

—Bruden —dijo.

—«Seto de boj» —declaró el hombre que estaba al otro lado de la línea.

Bruden se atiesó.

—¿Qué quiere?

—Informes.

—No tengo muchos todavía. Sin embargo, sé que el ex manager de la cantante ha muerto y que está enterrado en alguna parte. He oído también hablar de dos millones de dólares, aunque, francamente, me parece algo exagerado.

—¿Algo más?

—Pues... Morilli sustituye ahora a DiBrecca... He tenido un par de encontronazos con él, pero, por lo demás, no puedo añadir gran cosa. Ah, sí, hay alguien muy importante por encima de Morilli, pero no quiso decírmelo...

—Está bien. Continúe. Ya le llamaré. Adiós.

Bruden oyó el «clic» que señalaba el fin de la comunicación y miró el teléfono con cara de asombro.

—No es muy explícito que digamos —murmuró.

La voz, se dijo, estaba disfrazada. «Seto de boj» habría puesto un pañuelo doblado delante del micrófono. Pero, ¿quién era aquel misterioso individuo y por qué utilizaba un seudónimo tan estrambótico?

Como, de momento, eran preguntas que no tenían respuesta, se levantó y fue al baño.

CAPITULO VI

Apuró la segunda taza de café y miró a la joven, sentada frente a él. Diana aparecía encantadora, con el traje de cuello cerrado y manga corta. En el cuello y en los bordes de las mangas había vivos de encaje blanco, lo que prestaba un adorable aspecto de colegiala que aún no se había asomado al mundo.

—Y bien, ¿qué le parece? —consultó, después del relato que había hecho a la joven.

—De modo que hay alguien por encima de Morilli —dijo Diana.

—No cabe la menor duda.

—Morilli es el sustituto de DiBrecca. Y eso quiere decir que el jefe de DiBrecca lo es de Morilli.

—Irrefutable —sonrió Bruden—. Pero ignoro su identidad.

—Y no se siente capaz de averiguarlo.

—Paso a paso, se recorre al fin todo el camino. Es preciso ser paciente, Diana.

—Muy cierto, pero habrá de permitirme que le haga una sugerencia.

—Desde luego.

—¿Sabría ir usted a la casa solitaria donde tuvo el primer encontronazo con Morilli?

—Fui con los ojos tapados y volví solo, pero de noche. Sin embargo, creo que sabría encontrar el camino, aunque me pregunto qué podríamos hallar allí de interés.

—Tal vez alguna pista interesante, pero la más importante sería conocer la exacta ubicación de la casa.

—¿Lo cree interesante?

—Sí, Jesse. Porque conociendo su situación, podríamos ir luego al Registro de la Propiedad y averiguar el nombre de su dueño. Bruden se acarició la mandíbula.

—No está mal pensado —convino—. Sin embargo, hoy no podrá ser.

—¿Por qué?

—Tengo que hacer una visita muy interesante. Tal vez dos, si me queda tiempo.

—Si le deja la jefe de camareras del Commadore, ¿verdad? Bruden entornó los ojos.

—Apostaría doble contra sencillo a que anoche estuvo en ese antro —dijo.

—Ganaría la apuesta. Estuve.

—Yo no la vi.

—Procuré que eso no sucediera. También a mí me interesaba echar un vistazo al lugar.

—¿Encontró algo de importancia?

—No, salvo esa mujer... ¿De qué la conoce, Jesse?

—Hace algunos años, ella se vio en apuros. No tenía dinero y yo le puse la fianza.

—O sea, la iban a encerrar.

—Sí.

—¿Cuál era la acusación?

Bruden tosió.

—Ejem, ejem...

—No lo diga —pidió ella—. Tiene usted unas amistades muy... interesantes.

—No lo puedo evitar. Son rastros de mi vida anterior, cuando ejercía como abogado y defendía a los humildes contra los ricachos.

—Y esa dama era una infeliz mujer, acosada por algún inmundo capitalista, ¿verdad?

—No; pero el fiscal no tenía razón en este caso y acabé por conseguir la absolución. Pero si se va a sentir molesta por cada suceso de mi vida...

—No se sulfure, hombre. Lo pasado, pasado está. De modo que va a verla.

—Hoy, sin falta. Yo le hice entonces un favor y ella me lo devolverá con informes.

—¿Sólo con informes?

—Ahora, cuando salga de aquí, compraré una cámara cinematográfica, con grabadora de sonidos. Mañana le proyectaré la película y podrá ver todo lo que hayamos podido hacer, sin ocultarle el menor detalle. «Ningún» detalle —recalcó Bruden.

Diana se puso colorada.

—¡Por Dios, Jesse; yo no pretendía...!

—Usted me paga y yo hago mi trabajo lo mejor que sé y según mis propios métodos. Lo demás, no sólo no le importa, sino que no tengo por qué darle explicaciones.

—Está bien —dijo ella, más amansada—. Pero, ¿le parece bien que vayamos a la casa solitaria?

—Llámemme mañana y se lo diré —respondió Bruden secamente.

* * *

Jane abrió la puerta y sonrió atractivamente. Tenía la cara limpia de maquillaje y vestía una sencilla bata corta, que le llegaba por encima de las rodillas. El pelo estaba sujeto por una ancha cinta de color blanco. Los zapatos eran de medio tacón, blandos y cómodos, para estar por casa.

—Entra —invitó—. ¿Qué quieres para beber?

—Café, si no te importa.

—A tu gusto.

Bruden aguardó en la sala, de modesta apariencia, pero limpia y agradablemente decorada. Jane vino más tarde con el servicio y charlaron de temas intrascendentes mientras tomaban el café.

—Jesse, anoche querías hablar conmigo, creo —dijo ella de pronto.

—Sí. Estoy metido de lleno en un caso muy complicado —declaró Bruden—. Supongo que ya estás enterada del asesinato de Venus Bwinn.

Jane asintió.

—Es un asunto muy tenebroso —contestó.

—Se dice que hay dos millones en danza. ¿Qué opinas?

—Puede que sea cierto, Jesse.

—¿Se los llevó DiBrecca?

—Estoy segura.

—Pero él ha muerto, se dice...

—También lo creo así.

—Entonces, los dos millones están en poder de otra persona.

—Mis informes ya no llegan tan lejos. Pero, en todo caso, DiBrecca ya no tendrá lo que quería.

—¿Cómo?

—Fue siempre un tipo presumido, fanfarrón, de los que alardean constantemente de lo que tienen y van a tener, de sus conquistas...

Bruden meneó la cabeza.

—El tipo menos indicado para llegar a ser algo en el Sindicato —dijo.

—Sí, porque no sabía tener la boca cerrada. Y, sin embargo, y a pesar de sus defectos, tenía un indudable atractivo.

—Del cual nos podría decir muchas cosas Venus, si viviera. Pero volviendo al tema. ¿Qué era lo que tanto ambicionaba DiBrecca?

—Oh, era una frase que le gustaba mucho repetir. Se sentía muy contento de sí mismo, del éxito que tenía en la vida..., y decía que aún llegaría más alto y que entonces se compraría un yate y que el ancla sería de oro. —Jane lanzó una risita—. A lo mejor a él se la pusieron de plomo... en los pies.

—¿Crees que le echaron al agua, con un lastre atado a los tobillos?

—He oído rumores en ese sentido, aunque no te lo podría garantizar.

—¿Sabes algo sobre los dos millones?

—Eso parece ser más cierto. Sí, los desfalcó al Sindicato y esta gente, Jesse, no perdona a los traidores.

—Habrán encontrado el dinero, supongo.

Jane se encogió de hombros.

—No sé más —repuso.

—Encanto, quiero hacerte una pregunta —dijo Bruden—, Anoche estuve hablando con Morilli. Bueno, eso de hablar es una frase...

Ella sonrió.

—Hubo más que palabras, ¿no?

—Si me descuido, me ensarta. Pero el navajazo se lo llevó Mickey, su chófer. Pudo ponerlo delante de mí, como escudo, ¿comprendes?

—¡Demonios! Sí que fue una discusión violenta. ¿Qué pasó después?

—Nada. Me largué. Morilli quedó a mas de setenta kilómetros, junto a un arroyo, en las faldas de la Sierra. Pero no conseguí sacarle lo más importante. Se cerró en banda absolutamente. Dijo que podría romperle todos los huesos, pero que no hablaría.

—Debió de ser una pregunta muy importante, ¿no?

—En efecto. Le pregunté quién era su jefe. ¿Lo sabes tú?

Jane enseñó las palmas de sus manos.

—Esas cosas se llevan muy en secreto —contestó—. Incluso DiBrecca, que era un bocazas, se lo callaba.

—Sí, el secreto conviene sobre todo —dijo Bruden—. Lo que no comprendo es por qué tuvo que ser asesinada Venus. ¿Crees que ella sabía algo?

—Si lo sabía, ya no lo repetirá, Jesse.

—Es cierto. Quizá sabía dónde estaba escondido el dinero...

—Entonces, no tiene sentido el asesinato. En lugar de matarla, la habrían raptado, torturándola después hasta que declarase el escondite de los dos millones. Una vez muerta, ya no podía decirlo.

—Aparentemente, así debiera ser. Pero, imagínate por un momento que ella lo sabe y no quiere decirlo. Entonces, hay alguien que pierde la paciencia, se harta y dice: «Muy bien. Tú no quieres indicarme dónde está el dinero, pero tampoco lo vas a disfrutar. En el infierno no sirven los billetes». Y contrata a un asesino...

—Pudiera ser, pero me parece bastante rebuscado. ¿Qué te parece esta solución? Ella sabía que DiBrecca había sido asesinado y conocía el lugar donde estaba su cadáver. Seguramente, ignoraba el escondite de los dos millones, pero esa suma la tentó y se dijo que debía obtener un buen pellizco. En consecuencia, amenazó con hablar... y le cerraron la boca de un tiro.

—Tampoco es mala solución. Pero, ¿es concebible que asesinaran a DiBrecca sin saber dónde había escondido éste dinero?

—No lo sé —Jane hizo un gesto con la mano—. Todo parece muy complicado, Jesse, ¿no crees?

—Sí, muy complicado... pero cuando se encuentre la solución, veremos que es mucho más fácil de lo que ahora parece.

—De todos modos, voy a darte una pista. Quizá consigas algo.

—Eso está muy bien —sonrió Bruden—. ¿Cuál es la pista?

—Un nombre. Alfie Zardol. También pertenece al Sindicato y, en apariencia, es un número más en sus filas. Pero yo sospecho que lo aparenta así, para ocultar su verdadera importancia dentro de la organización.

—¿Crees que está por encima de Morilli?

—No podría asegurártelo, Jesse. Tendrás que conseguirlo por tus propios medios —respondió Jane.

—Sí, ésa es mi perspectiva. Bueno, lo haré... poco a poco. Gracias

por todo, encanto.

Ella le dirigió una mirada muy especial.

—¿Te marchas ya?

—Mujer, ya te he molestado bastante...

—No me has molestado en absoluto. Todo lo he hecho por gratitud; tú me sacaste hace años de un serio conflicto y aún no he tenido tiempo de agradecértelo de manera apropiada.

—Me bastan con las palabras —sonrió él.

—No seas modesto —le apostrofó Jane. De pronto, se desabrochó la bata—. Aunque no voy en *top-less*, como las demás camareras, me parece que no tengo nada que envidiar a ninguna de ellas.

¿Qué opinas tú, Jesse?

Bruden asintió.

—Todas ellas tienen motivos para envidiarte —contestó, a la vez que la abrazaba con fuerza.

—Sí, sobre todo, por uno muy agradable.

—¿Cuál, encanto?

Ella le miró penetrantemente, con los labios entreabiertos.

—Te tengo aquí, en mis brazos —repuso.

Bruden se inclinó. La boca de Jane era ardiente, llena de fuego y de pasión, y él se sumergió en aquel cálido mar, en las quemantes oleadas de un vértigo que le pareció no iba a tener final jamás.

CAPITULO VII

La puerta se abrió y el hombre miró con curiosidad a su visitante.

—Qué desea? —preguntó el dueño de la casa.

Bruden contempló un instante al sujeto. Sí, Hoover tenía el aspecto del pacífico hombre de negocios, la apariencia completa del gerente de una empresa de mediana importancia, lo cual permitía vivir confortablemente. Ahora, Hoover vestía una chaqueta de terciopelo color rojo vino, con botones dorados y vivos de cuadritos blancos y negros en el cuello y mangas. Era el perfecto burgués que estaba descansando en su casa después de una agotadora jornada de trabajo.

—Discúlpeme, señor —dijo Bruden con su mejor sonrisa—. Pertenezco a un equipo de encuestadores y estamos haciendo un trabajo en la zona, sobre las preferencias de sus habitantes en materia de diversiones. Sé que le parecerá frívolo y hasta estúpido, pero, a la larga, esta clase de encuestas profundizan en la realidad sociológica del entorno, revalorizando el ánimo psíquico del habitante. Todo, en este mundo, aun lo más fútil en apariencia, tiene su interés. Las diversiones también, como es lógico.

—Me divierte mucho oírle hablar —contestó Hoover hirientemente—. ¿Puede demostrarme su identidad, señor...?

—Hillings, Arthur P.T. W. Hillings Beranny, sociedad de encuestas e investigaciones sociales. Aquí tiene mi tarjeta, señor.

Bruden había ido provisto para la ocasión. Hillings existía realmente y le había prestado su tarjeta profesional, en la que no había fotografía, aunque sí una somera descripción personal, que podía aplicarse perfectamente a su temporal poseedor. Además, llevaba una carpeta con un montón de impresos de la sociedad y se la enseñó también a Hoover.

—Está bien —dijo el dueño de la casa—. No soy muy amigo de contestar a encuestas, pero tampoco quiero que me tengan por un sujeto insociable.

«Te calé, bandido. Tienes que mostrarte amable, para ocultar tu verdadera personalidad», pensó Bruden.

—Es usted muy amable, señor Hoover... y ¡el nombre en la placa de la puerta... Su profesión es gerente de empresa, ¿verdad? Hoover se atiesó.

—No, solamente empleado de cierta categoría —contestó.

—Disculpe. Bueno, otra cosa que quería decirle es que su nombre, desde luego, no se va a mencionar en la encuesta. Sólo la edad, mediana en su caso, sin puntualizar años; la profesión, que

ya queda dicha, el domicilio y... ¿Soltero, casado, divorciado? ¿Tiene hijos?

—Soltero y no tengo hijos —declaró Hoover.

Bruden lo anotó en la casilla correspondiente.

—Me imagino que ve la televisión —dijo, señalando con la barbilla el aparato que se divisaba en un ángulo de la estancia—. Pero, además, ¿cuáles son sus otras diversiones particulares? Incluya el deporte, si lo practica, por favor.

—El teatro me gusta mucho. También los conciertos de buena música. En cuanto al deporte, practico el golf, aunque no tan frecuentemente como me gustaría.

—Tengo entendido que hay en la zona una sociedad de tiro. ¿Es usted socio?

Hoover volvió a ponerse tieso.

—No —contestó—. Detesto las armas de fuego.

—Lo mismo me pasa a mí. Aunque sé que existen personas que se divertirían enormemente contemplando un asesinato. Y algunas, hasta ejecutándolo.

—Señor Hillings, la broma ha terminado. Váyase —dijo Hoover secamente.

Los dos hombres se contemplaron en silencio. En aquel instante, cada uno de los dos adquirió la convicción de que el otro sabía exactamente que nada de lo que se había dicho allí era cierto. Bruden se dio cuenta de que Hoover ya no le creía en absoluto y que él, por su parte, sabía que era el asesino de Venus Bwinn.

—Márchese —insistió Hoover roncamente.

—No —contestó el joven, sereno—. Antes quiero que me diga quién le contrató para matar a Venus Bwinn.

Un súbito silencio, tenso, ominoso, gravitó bruscamente sobre la estancia.

* * *

La carpeta cayó al suelo, una fracción de segundo antes de que Hoover empezase a levantar el brazo derecho. Bruden disparó las dos manos, atenazó el antebrazo del sujeto y lo metió hacia adentro.

Hoover se resistió. En su amplia frente aparecieron las primeras gotas de sudor.

—¿Quién le pagó por matar a Venus? —insistió el joven.

—Nunca... menciono nombres... —jadeó Hoover.

—Se lo preguntaré una vez más. Después...

El brazo de Hoover empezó a doblarse irresistiblemente hacia adentro. El asesino no podía compararse con Bruden en cuanto a potencia muscular. La cara de Hoover se puso gris.

—Hable, maldito, hable —pidió el joven.

—No... no...

Bruden aumentó su presión. De repente, Hoover quiso golpearle con la mano izquierda, que tenía libre. Bruden, por instinto, hizo fuerza en sentido contrario.

La mano derecha de Hoover estaba ya apoyada en su pecho, cuando el mecanismo de disparo de la pistola-pluma se puso en funcionamiento. Hubo una sorda explosión y una leve columnita de humo azul subió lentamente a las alturas.

Los ojos de Hoover se desorbitaron y sus piernas flaquearon. Bruden lo soltó.

—Maldito... hijo de perra...

Hundió la cara en la alfombra y pateó un poco y hasta golpeó el suelo con los puños, inmensamente furioso porque sabía que se estaba muriendo. Pero no tardó mucho en quedarse quieto.

Bruden procuró serenarse. Fue a recoger la carpeta, pero se lo pensó mejor y sacó unos guantes de goma del bolsillo. Después, empezó a registrar la casa.

Como sospechaba, no encontró la menor pista acerca del hombre que había contratado a Hoover, aunque sí vio una caja fuerte, empotrada en la pared, que no quiso molestarse en abrir. El asesino guardaría allí solamente dinero, tal vez joyas, pero nunca papeles que pudieran comprometerle.

Lo que sí encontró fue un pequeño arsenal, en el doble fondo de un armario ropero. Había dos fusiles de caza, dos silenciadores, uno para fusil y otro para pistola, tres revólveres de distinto calibre, varias cajas de cartuchos y hasta media docena de granadas de mano.

—No se privaba de nada —masculló.

Dejó todo bien a la vista. Más tarde avisaría a la policía. Las pruebas de balística indicarían bien pronto que Hoover había sido el asesino de la cantante.

En la puerta podían haber quedado huellas suyas y las borró cuidadosamente. Recogió la carpeta y, ya en el pasillo, se quitó los guantes. Unas gafas oscuras cambiaron su fisonomía casi por completo.

—Al menos, no sólo Venus está vengada, sino sabe Dios también cuantas personas más, todas muertas por ese miserable —dijo, mientras emprendía el regreso a su apartamento.

—¿Qué tal estuvo el día? —preguntó Diana a la mañana siguiente.

—Psé, no puedo quejarme...

—¿Resultó interesante la entrevista con la jefa de camareras?

—Interesantísima.

—Me lo figuro. Es muy atractiva.

—Lo es.

—¿Hubo algo más que palabras?

Bruden sonrió.

—Pare, por favor.

Diana conducía su coche y obedeció, sorprendida. Bruden señaló una tienda que había al otro lado de la acera.

—Entre ahí y compre unos cuantos libros. Así conseguirá detalles más completos que lo que yo le pueda decirle.

Diana se sofocó.

—No suelo entrar en las librerías eróticas — contestó.

—Ni yo tampoco divulgo mis acciones con una dama.

—Es usted... odioso, repugnante... Creí que sería más... más...

—¿Más decente? No, simplemente, un hombre. Claro que, a lo mejor, usted no es una mujer, sino un palo con faldas.

—¡Soy una mujer y no tengo nada de palo! —exclamó ella, exasperada—. Pero no se lo voy a demostrar de la manera que a usted le gustaría.

—No se preocupe, no se lo voy a exigir. En su caso, me basta con que lo afirme —contestó él sarcásticamente—. Y volviendo a la entrevista; aparte de lo estrictamente personal, y muy placentero, por cierto, también obtuve buenos resultados.

—¿Sí?

—Cuidado, ese semáforo se va a poner en rojo —advirtió Bruden de pronto—. El fondo del asunto está en el ancla de oro.

—¿El ancla de oro? —exclamó Diana, perpleja.

—Era la frase favorita de DiBrecca. Decía que cuando tuviese un yate, le pondría un ancla de oro. ¿No se la oyó nunca?

—No, no era santo de mi devoción. Hablaba con él sólo lo indispensable, aunque quería algo más.

—¿De veras?

—Una vez le amenacé con romperle un jarrón en la cabeza. Era peor que usted.

—No compare, porque no sabe todavía cómo soy yo —dijo Bruden, riendo desaforadamente.

—Conseguiré que me ponga colorada...

—Seguro. De modo que DiBrecca quería hacerle «cosquillas».

—Sí. Se creía un conquistador irresistible. La pobre Venus está muerta y espero que me perdone desde el más allá, pero era tonta

y se había dejado sorber el seso por quien no se lo merecía. Yo le calé muy pronto a aquel detestable individuo y se lo dije, pero Venus jamás quiso hacerme caso.

—Lo cual, a la larga, fue su perdición.

—Justamente —corroboró Diana.

—Está visto que uno no puede hacerse ilusiones —dijo Bruden melancólicamente—. Cuando estudiábamos, Peggy me parecía la mujer de mis sueños. Luego, cuando la conocí como Venus Bwinn, me parecía una princesa de cuento de hadas. Estoy totalmente decepcionado.

—Olvidó algo muy importante: era un ser humano, una persona de carne y hueso, con todas las debilidades propias de su condición. Como yo, y como usted.

—Sí —convino él—. Pero a pesar de todo... Por la derecha, por favor —indicó.

El coche abandonó la ciudad, siguió por la autopista durante una veintena de kilómetros y luego salió a una carretera secundaria. De cuando en cuando, Bruden hacía que Diana parase el automóvil, a fin de examinar con más atención algunos detalles del terreno, en los que se había fijado más intensamente durante su forzada excursión. De pronto, divisó un angosto camino que se adentraba en la ladera de una extensa colina cubierta de vegetación.

—Por ahí —dijo.

Diana giró el volante a la derecha. Un poco más adelante salvaron un arroyo, por encima de un puente cubierto.

—Sí, lo recuerdo, pasé por aquí —exclamó Bruden—. Sigamos, no podemos estar ya muy lejos.

Al salir del puente, vio a su derecha una extensa finca. La casa apenas si se veía, oculta por los numerosos árboles que abundaban en el jardín. Curiosamente, no había tapia, sino un largo y altísimo seto vegetal, que protegía con su frondosidad de las vistas de curiosos indeseados.

Un poco más adelante, vieron la entrada, cerrada por una sólida verja de hierro. A cinco metros de la entrada, había más setos, que dividían en dos el camino de acceso a la casa, de tal modo que los coches tenían que seguir por la derecha para entrar y salir por el lado opuesto.

—Pare —pidió Bruden.

Diana obedeció. El joven se apeó y examinó de cerca el seto. «Es de boj», pensó.

Regresó al coche.

—¿Ha visto algo interesante? —preguntó Diana.

—No, sólo comprobaba detalles de la ruta —mintió él a medias.

No recordaba haber pasado por allí, pero le extrañaba sobremanera la abundancia de setos de boj, enormes, altos y espesos como jamás había visto hasta entonces.

Diana pisó el acelerador. Diez minutos más tarde, al salir de una curva, Bruden divisó una casa.

Había estado en ella una sola vez y, además, de noche, pero la reconoció en el acto.

—¡Ahí es! —exclamó.

CAPITULO VIII

Tanto el edificio como el jardín que lo rodeaba ofrecían claras señales de abandono. Bruden captó un detalle que aquella noche le había pasado desapercibido.

La casa, aunque vieja, se hallaba en buenas condiciones. Las ventanas, sin embargo, estaban protegidas por recios tablones, claveteados y sujetos con travesaños de gruesa madera. Era evidente que el propietario quería protegerla contra la intrusión de posibles saqueadores.

En el jardín abundaba la maleza. Estaba rodeado por una valla de madera que se caía a pedazos. En tiempos, hubo una cerca de red metálica, de la que aún quedaban restos. Bruden divisó súbitamente algo y se precipitó a recogerlo.

—Mire —dijo—. Con esto tuve que defender mi vida.

Diana contempló aprensivamente el largo tubo de hierro.

—¿Murieron? —preguntó.

Bruden miró a su alrededor. Al otro lado de unos matorrales vio algo. Apartó los ramajes con las manos y movió la cabeza.

—Venga.

Diana se acercó. En aquel lugar, el suelo estaba removido y había un abultamiento de unos dos metros de largo por uno de ancho.

—Están ahí. Por lo menos, uno —dijo.

—Un buen sitio para enterrar a una persona, sin que se sepa jamás qué fue de ella.

—Alguien sí lo sabe, pero se calla. ¿Entramos en la casa?

—Claro.

Dieron la vuelta y se acercaron a la puerta principal. Bruden tanteó la cerradura.

—Hombre, está abierta —exclamó.

Era una puerta recia, sólida, de gruesos paneles de madera. Bruden tanteó el interruptor de la luz, pero muy pronto apreció que había sido cortado el suministro de energía eléctrica. Entonces, sobre una consola cubierta de polvo, divisó un candelabro de tres brazos, con sus velas.

—Nos servirá para alumbrarnos, ya que todas las ventanas están cerradas.

Encendió las velas e iniciaron el recorrido por la casa, cuyos muebles aparecían descuidados y cubiertos de polvo. En el primer piso, sin embargo, apenas si había muebles.

—Aquí no estuve —dijo él, después de un buen rato.

—Hay un sótano, me parece —observó Diana.

—Sí, vamos allá.

Descendieron al vestíbulo. Junto a la puerta que conducía a las

habitaciones del servicio, vieron otra, cerrada, aunque no con llave. Al abrirla, Bruden divisó la escalera que se hundía en las profundidades del suelo.

Descendió paso a paso. Encontró otra puerta y la abrió.

—Sí, aquí —dijo satisfecho.

Diana contempló la habitación, en la que sólo había una mesa y dos sillas, además de un potente reflector, apagado en aquellos momentos.

—Tengo que hacerle una observación —dijo.

—La escucho.

—Usted dijo que el encapuchado le interrogó, enfocándole una lámpara a los ojos. Pero en la casa no hay luz ahora...

Bruden señaló algo con la mano.

—Ahora me doy cuenta —dijo—. Eso es una batería de coche y la lámpara, seguramente, procede de las luces de un automóvil, a fin de que su voltaje coincida con el de la batería.

Probó el interruptor y el foco se encendió en el acto.

—Bueno —exclamó Diana—, ahora ya no nos queda sino averiguar quién es el dueño de la casa.

—No creo que saquemos nada en limpio. Probablemente, Morilli lo sabía y eligió este lugar para quitarme de en medio. Apostaría algo bueno a que la casa pertenece a una persona totalmente ajena a este sucio negocio.

—Sí, yo también lo creo, pero estimo que debemos averiguarlo. Nunca estará de más y a mí me costará muy poco averiguarlo en el Registro de la Propiedad. Además, tengo allí un conocido; hace unas semanas, tuve que hacer ciertas gestiones sobre una propiedad que había comprado Venus.

—Muy bien, dejo ese asunto en sus manos. ¿Nos vamos?

Repentinamente, se oyó un fuerte estruendo.

La casa vibró. Bruden y la muchacha cambiaron una mirada de extrañeza.

—Parece un portazo —dijo ella a media voz.

—Sí, el golpe de una puerta cerrada con fuerza... por las prisas o por la rabia... Voy a ver...

Ella le agarró por la muñeca.

—Puede ser una trampa —susurró—. ¿Lleva usted pistola?

Bruden le enseñó las manos desnudas.

—Nunca me gustó trabajar con armas —contestó.

—Entonces, guarde un poco...

Inesperadamente, un extraño olor se filtró desde el vestíbulo y llegó hasta los dos jóvenes. Bruden reconoció el olor y se estremeció.

—¡Algo se quema! —gritó.

Ya no quiso esperar más. Salió de la estancia, subió las escaleras a saltos y asomó al vestíbulo, que se hallaba ya casi completamente en llamas.

* * *

Diana asomó a la puerta, vio la tempestad de llamas y lanzó un chillido de terror.

—¡Nos vamos a quemar vivos!

Bruden se dio cuenta de que el fuego era una barrera insalvable ante la puerta. Sólo les quedaba una vía de escape y aun ello no era demasiado seguro, teniendo en cuenta las ventanas tapiadas.

—Por aquí —dijo, a la vez que tiraba de la mano de la muchacha.

Apenas tuvieron tiempo de alcanzar la parte posterior. Bruden observó con desesperación que las ventanas de la cocina se hallaban igualmente aseguradas con tablones, lo mismo que la puerta que daba a la trasera del jardín. Golpeó la puerta con el pie, pero no consiguió nada positivo.

En el interior de la casa se oían crujidos y chasquidos aterradores. El olor a humo y a cortinas quemadas era casi insoportable.

—Jesse, tenemos que hacer algo o moriremos abrasados —gimió Diana.

Bruden miró desesperadamente a su alrededor. No se podía decir que hubiesen caído en una trampa preparada deliberadamente, pero sí que el autor del incendio había aprovechado la situación.

Lo cual significaba que les habían seguido sin que se dieran cuenta.

De repente, vio algo que le hizo concebir esperanzas.

—Diana, retira la mesa del centro —ordenó.

Ella obedeció en el acto. Bruden se acercó al gran frigorífico que estaba en un rincón, situado sobre un soporte rectangular con ruedas.

Calculó las medidas del frigorífico y las de la puerta. No tardó en llegar a una conclusión.

—Si está aquí, es porque pudieron meterlo a través de la puerta —dijo a media voz.

Una larga lengua de fuego asomó por la puerta de la cocina y Diana lanzó un chillido.

—¡Cierra! —gritó él—. Cuando abra la otra puerta, se producirá

el tiro de la ventilación y quizá no tendríamos tiempo de escapar.

Dominando valerosamente sus aprensiones, Diana cerró. Mientras, Bruden separaba el frigorífico de su emplazamiento, situándolo frente a la puerta.

—¿Te ayudo? —se ofreció ella.

Bruden hizo un gesto negativo. La casa era vieja y, por tanto, fácilmente combustible. La temperatura se hacía cada vez más sofocante.

Tomó impulso, acelerando a cada paso. El gran frigorífico cruzó la cocina, chocó contra la puerta y se produjo un tremendo estallido de maderas rotas.

El frigorífico había quedado en pie, sin embargo. La puerta no estaba completamente destrozada. Bruden retrocedió y repitió la operación. Esta vez, todo el maderamen saltó en astillas. El frigorífico cruzó el umbral y, al llegar al primer peldaño, se volcó hacia fuera.

—¡Diana, ven!

Ella no se hizo de rogar. Respiró profundamente al hallarse al aire libre. Pero un poco más adelante, se volvió y contempló el edificio, que ya ardía en pompa.

—Nos hemos salvado por bien poco —dijo.

Diana estaba echada hacia atrás en el asiento y tenía los ojos cerrados.

—He rezado como nunca..., pero ahora daría algo bueno por una copa de coñac —manifestó.

—Si quieres beber algo, tendrás que esperar al arroyo —contestó Bruden, mientras pisaba el acelerador nuevamente—. A veces, en mi coche, llevo un frasquito de licor, pero viajamos en el tuyo.

—No te preocupes. Oye, nos han estado siguiendo y no lo advertimos. Porque si no, no se comprende ese incendio tan oportuno.

—Y el cierre de la puerta de entrada, para impedirnos la salida.

—Sí. ¿Habían preparado la trampa de antemano?

—No lo creo. Simplemente, se aprovecharon de la situación de la casa —respondió Bruden.

—Averiguaré a quién pertenece —declaró ella firmemente.

—Muy bien, no es cosa que perjudique.

De nuevo pasaron por la gran finca, rodeada por setos de boj. Bruden pensó otra vez en el anónimo comunicante. Había empleado un seudónimo poco común.

—Diana.

—¿Sí?

—Cuando investigues la otra casa, procura averiguar a quién

pertenece ésta que tenemos..., que tenemos a la vista.

—¿Te interesa?

—Como dije antes, no perjudicaré.

—Conforme, Jesse. Cuando llegue a casa, me tomaré una copa de champaña.

—¿Piensas celebrar algo?

—Sí, mi segundo nacimiento.

Bruden sonrió.

—¿Puedo acompañarte en esa copa?

Diana volvió la cabeza, sin separarla del respaldo.

—Sólo una copa —respondió.

—No pido nada más.

—No seas embustero.

El joven se echó a reír.

—Me has adivinado el pensamiento. Pero la culpa no es mía.

—Sí, sí... —dijo ella con sorna.

—Es que, la verdad, estás para comerte. Aunque no asada. Diana se estremeció.

—No me lo recuerdes —pidió.

Un cuarto de hora más tarde, Bruden pisó el freno súbitamente.

—¿Qué sucede? —preguntó ella.

El joven tenía la vista fija en un cartel indicador que había a un lado del camino.

—Es curioso —dijo—. Antes, a la ida, no reparé en esta desviación. ¿Te has fijado en el rótulo indicador?

Diana se irguió. El cartel estaba ya viejo y las letras medio borradas, pero, a pesar de todo, podía leerse fácilmente el nombre del lugar al que se podía llegar desde aquella desviación.

—Ocean Love —dijo él—. Venus dijo «océano de amor». ¿Lo recuerdas?

Diana frunció las cejas.

—Sí, y ahora recuerdo algo más —contestó—. Es algo en lo que no había pensado en absoluto desde hacía meses. Ocean Love es un complejo residencial, situado en la costa y, calculo, a unos doce kilómetros de este lugar.

—Ah, estás enterada...

—Tengo que estarlo. Venus compró un *bungalow*, pero no lo habitó apenas. Los promotores de Ocean Love fracasaron.

—¿Por qué?

—Demasiado aislado, agua poca o nada, fuertes vientos del mar casi constantemente... Construyeron una docena de residencias y apenas si vendieron cuatro o cinco. Fue un fracaso total.

—Pero Venus compró una de esas casas.

—Sí, la primera. Se la ofrecieron muy barata, para que les hiciera

propaganda. Pero picaron muy pocos y, repito, la operación resultó un fracaso absoluto.

Bruden puso el automóvil nuevamente en marcha.

—¿Estuviste alguna vez en ese *bungalow*, —preguntó.

—Sólo una y, bien mirado, el lugar es hermoso, de una salvaje grandiosidad..., pero hoy la gente, por lo general, quiere algo más... poblado, no sé si me explico. Demasiado solitario. Casi parece de película de terror.

—Comprendo. Pese a la belleza del paisaje, no resulta atractivo.

—Exacto.

—Diana, ¿crees que Ocean Love tiene alguna relación con lo que Venus dijo antes de caer?

—No puedo contestarte a esa pregunta, Jesse.

Bruden hizo un gesto.

—Un día me llevarás a ver ese *bungalow* —dijo.

—Sí, cuando quieras, pero primero convendría saber a quién pertenece la casa que se ha quemado.

—No te olvides tampoco la de los setos.

—No me olvidaré —prometió Diana.

CAPITULO IX

Era un hombre bajito, simpático, de rostro sonrosado, mejillas redondas y uñas perfectamente manicuradas. Pero había dureza en los ojos de Denis Copitto.

—De modo que está investigando el asesinato de la cantante —dijo Copitto, mientras llenaba dos copas en su elegante bar.

—Así es —confirmó Bruden.

—Tenía entendido que en la ciudad hay un eficiente Departamento de Policía. Claro que, a lo mejor, son simples rumores. No me haga caso, señor Bruden.

El joven captó fácilmente el sarcasmo que había en las palabras del dueño de la casa.

—Voy a serle franco —dijo, después de aceptar la copa—. Hace algunos días, un tipo llamado Ugo Morilli me preguntó si tenía alguna relación con usted.

—¿Qué le contestó, señor Bruden?

—Negativamente, claro. Nunca había oído hablar de usted hasta este momento.

—¿Y sólo por eso cree que estoy relacionado con el asesinato de esa famosa cantante?

—Oh, no, en absoluto. Pienso que es usted totalmente inocente. ¿Cómo podría acusarle de algo tan inicuo? Pero, naturalmente, cuando Morilli mencionó su nombre, yo me dije que usted podría conocer algún dato, que para mí resultaría interesante. Ya puede imaginarse cuál es la labor de un detective privado; preguntas y más preguntas...

Copitto sonrió benevolentemente.

—Amigo mío, temo no poder complacerle. De la cantante muerta, sólo sé lo que dijeron los periódicos. Ni la había visto en mi vida, ni jamás había hablado con ella y si he oído su voz, se debe a que, a veces, escucho la radio. ¿Satisfecho?

—Oh, sí, desde luego.

En aquel instante, llamaron a la puerta.

Estaban en un lujoso despacho, encima de cuya mesa había algunos documentos y un par de carpetas. Copitto estaba escribiendo algo cuando le anunciaron la visita de Bruden.

Un hombre asomó por la puerta.

—Perdón, señor. ¿Puede salir un momento? Es muy urgente...

—Claro, Bud —contestó Copitto—. Dispénsame, señor Bruden.

Copitto abandonó el despacho. Rápido como el pensamiento, Bruden se puso en pie y pasó al otro lado de la mesa.

Había una carta mecanografiada y Copitto, al parecer, había estado redactando un borrador de respuesta. Bruden se apresuró a

leer la primera:

«En respuesta a su demanda sobre la compra de la residencia número 7 de Ocean Love, sentimos mucho participarle nos es imposible acceder a la petición. La operación se realizó con todos los requisitos legales y no nos consideramos responsables de cuanto haya podido suceder después.»

La carta tenía el membrete de una firma de abogados. Bruden la memorizó y volvió a su sitio.

En el membrete figuraba el nombre de Copitto. Bruden comprendió la situación.

La carta estaba allí, para ser firmada por Copitto y enviada a su destinatario. El borrador, había apreciado rápidamente, hacía referencia a otro asunto en nada relacionado con Ocean Love.

Copitto tenía que ver, y mucho, con el affaire de Ocean Love. El destinatario de la carta, sin duda, había querido deshacer el trato, pero ya no podía volverse atrás.

—Ha perdido su dinero —musitó.

Copitto volvió a entrar.

—Discúlpeme —dijo sonriendo—. Una llamada urgente..,

—No se preocupe. Ya me iba —contestó el joven—. Ha sido usted muy amable y le agradezco sinceramente el tiempo que ha perdido conmigo.

—He tenido mucho gusto, señor Bruden.

El joven salió al vestíbulo, en donde había dos sujetos de aspecto poco recomendable. Ignorando sus miradas, salió de la casa.

Un segundo después, Copitto asomó por la puerta de su despacho. Miró a uno de los sujetos, señaló hacia la puerta y luego se pasó el índice por la garganta.

El hombre asintió y echó a andar hacia la puerta.

* * *

—Bueno, la casa pertenece a un tal Evans MacDonald, hombre de muy avanzada edad, internado en una residencia para ancianos desde hace un par de años. No se le conocen herederos y la institución en que se encuentra será la dueña de la propiedad cuando él muera.

—Has hecho una buena tarea —sonrió Bruden—. Por tanto, se puede considerar a MacDonald fuera de toda sospecha.

—Sí —confirmó Diana.

—Y, ¿qué hay de la casa de los setos?

—Oh, pertenece a un distinguido caballero, de nombre Kenneth Washington Dawson, filántropo y coleccionista de arte. Un hombre muy rico, pero al que le gusta pasar desapercibido. No recibe apenas visitas ni concede entrevistas a periodistas.

—Lo cual hace imposible mi viaje a... ¿Has averiguado cómo se llama la propiedad?

—Fontana Bianca. Creo que tiene todos los lujos imaginables y ello sin contar con las obras de arte que hay en su interior. Pero Dawson, aunque no es un eremita precisamente, gusta muy poco del ruido y el bullicio.

—Sí, el caso típico del coleccionista y filántropo. Dan enormes sumas de dinero para obras de beneficencia, con lo cual consiguen importantes reducciones de impuestos. Se pasan el día contemplando su pequeño museo y... Bueno, olvidemos a Dawson. Tenemos algo más importante entre manos, Diana.

—¿Qué es, Jesse?

—Morilli mencionó a un tal Copitto. Pensó que yo trabajaba para éste...

—Sí, lo sé. Y sé que has estado con Copitto. ¿Qué has averiguado?

—Es uno de los promotores de Ocean Love. Dice no haber conocido a Venus, pero ahora sé que miente.

—¿Por qué?

—Está claro, mujer. Si Venus compró una residencia en Ocean Love, tuvo que tratar con Copitto. He leído la respuesta a la carta de un comprador. El pobre, seguramente, quiere deshacer el trato, pero Copitto le dice que todo se hizo legalmente y que ya no le importa lo que pase allí.

—Otro desgraciado que perdió su dinero —suspiró ella—. ¿He de entender que piensas ir a Ocean Love?

—En tu compañía.

—¿Cuándo?

El teléfono sonó en aquel momento. Bruden lo levantó en el acto y dio su nombre.

—Soy Leni. ¿Puedes venir, Jesse?

—¿Ahora?

—Sí. Es urgente, por favor.

—Muy bien.

El teléfono volvió a su sitio. Bruden miró a la muchacha. —Tengo que salir —manifestó.

—Y, supongo, no puedo acompañarte.

—No, no puedes.

Bruden se encaminó hacia la puerta.

—Al menos, me' gustaría saber adónde vas —pidió la muchacha.

El se volvió y sonrió.

—Voy a tomar la medida para un sostén —contestó. Diana se quedó con la boca abierta. Luego, furiosa, exclamó:

—Será fresco...

* * *

Leni le dio un vaso lleno hasta el borde.

—Tómate un trago, te conviene —dijo.

—Me estás asustando, encanto —declaró él.

—Tienes motivos. Hay un tipo que te busca para quitarte de en medio.

—¿Quién es?

—Louie Daglan. Trabaja para Copitto.

Bruden tomó un par de sorbos.

—Empiezo a comprender —dijo—. Leni, ¿cómo lo has sabido?

Ella se encogió de hombros.

—Son cosas que se oyen —respondió—. No me gustaría que te sucediera nada, Jesse.

—Gracias por el aviso. Oye, ¿cómo reconoceré a Daglan?

—¿Piensas buscarlo?

—No, pero tal vez me encuentre accidentalmente con él y me gustaría anticiparme.

—Es quizá más alto que tú, muy fornido. Tiene un chirlo en el lado derecho de la frente, oblicuo, desde la sien hasta el centro de la ceja.

—Tropezó con una puerta, vaya.

—Se lo hizo un tipo celoso. Después, el autor del chirlo ya no volvió a tener más celos de nadie.

—Descanse en paz —sonrió Bruden—. Dime, ¿qué sabes de Copitto?

—Es abogado, pero también... uno de los jefes de la organización.

—Me lo imaginaba. ¿Sabes si ha tenido algo que ver con un complejo residencial titulado Ocean Love?

Leni hizo una mueca.

—La mayor estafa del siglo. Compraron una gran extensión de terreno, levantaron una docena de casas, vendieron parcelas... Luego todo resultó un fiasco. El lugar es un páramo azotado por los vientos, no hay agua, no hay árboles...

—¿Has estado allí?

—Debo admitir que me sentí tentada de comprar una residencia. Pero después de verlo, no pienso volver allí en los días de mi

vida.

—Comprendo. Fue una estafa, pero también, tengo entendido, un fracaso para los promotores.

—La estafa fue para los pocos compradores. En cuanto a Copitto y sus socios, salieron lo comido por lo bebido; es decir, cubrieron gastos. Pero un negocio que no rinde beneficios, es un negocio con pérdidas.

Bruden la miró de soslayo.

—¿Sabes si DiBrecca intervino en el asunto?

—Hombre, era el principal... Bueno, el más interesado.

—Quizá por ello lo «apiolaron».

—Y por los dos millones, no lo olvides.

Bruden se acercó a la mujer y la besó en la mejilla.

—Gracias, encanto —se despidió.

Cuando salió de la casa, vio a un tipo apoyado en la pared, leyendo un periódico con aire distraído. Bruden captó inmediatamente la cicatriz en el lado derecho de la frente.

Simulando no haber visto nada, subió al coche y lo puso en marcha inmediatamente.

* * *

Veinte minutos más tarde, aceleró un poco, viró a su izquierda y se metió en un callejón que conocía bastante bien. A veces lo utilizaba como atajo para llegar antes a su casa, sobre todo, si estaba despejado de camiones de carga, que iban y venían casi continuamente de los numerosos almacenes que había en aquel lugar. Vio un portón abierto y se metió en el interior sin vacilar. Luego saltó al suelo y corrió hacia la entrada.

Daglan llegaba en aquel momento y se quedó perplejo al ver el callejón vacío. Paró el coche, se apeó y miró a todas partes con ojos llenos de perplejidad.

De repente, una mano asió el cuello de su chaqueta y tiró hacia atrás secamente, con gran fuerza. Los pies de Daglan se separaron del suelo medio palmo. Luego cayó de espaldas, con tremendo golpe.

Gruñó algo entre dientes. No había perdido el sentido, pero sí se sentía disminuido de facultades. Cuando intentaba levantarse, una rodilla se estrelló contra su boca.

De nuevo cayó de espaldas. Bruden se inclinó hacia él y le quitó una pistola y una navaja. Luego, alzándolo en vilo lo condujo hasta una columna de hierro que sustentaba el armazón del

tejado. Con una cuerda, lo ató y luego le puso un pañuelo en la boca.

Salió del almacén, subió al coche de Daglan y lo hizo entrar en el local. Luego, muy lentamente, lo orientó hacia la columna.

Daglan había despertado ya y forcejeaba para librarse de las ligaduras. Cuando vio que el morro del coche se le aproximaba, sintió que los pelos se le ponían de punta. Quiso chillar, pero la mordaza le impedía emitir el menor sonido.

El parachoques del coche se le apoyó en sus rodillas. Bruden quitó el contacto y echó el freno de mano. Después, apeándose, hizo saltar la llave de contacto en la mano.

—Louie, esto es una advertencia. No vuelvas a intentar nada contra mí; la próxima vez, no sería tan benévolo. Por mucho que temas a Copitto, yo soy infinitamente peor. Tenlo en cuenta y vivirás muchos años.

Guardó la llave en el bolsillo y se dispuso a subir a su coche. Entonces pensó que debía deshinchar las ruedas del automóvil de Daglan, para dificultar una posible persecución. Así lo hizo y, momentos después, salía del almacén. Cerró el gran portón, se puso un cigarrillo en los labios y, después de encenderlo, emprendió el camino hacia una tienda de artículos deportivos, en donde pensaba comprar algo que sabía le resultaría útil en las próximas horas.

CAPITULO X

Alrededor de las cuatro de la tarde, llegó a su apartamento. Diana le aguardaba con ansiedad.

—¿Era interesante? —preguntó.

—Mucho. El sostén resultó ser de las medidas exactas...

—Déjate de bromas —resopló la joven—. ¿Para qué te quería esa dama?

—Copitto está metido hasta el cuello en el asunto Ocean Love. Y DiBrecca, más todavía.

—Nunca me lo hubiera imaginado...

—Tú eras sólo la secretaria personal de Venus, no su administradora.

—Sí, es cierto. Respecto al dinero, yo lo ignoraba prácticamente todo.

—Comprendo. Diana, ¿te importaría pasar una noche en el *bungalow* de Venus?

La joven respingó.

—¿Qué tratas de proponerme, desvergonzado individuo?

—Si quisiera proponértelo, aquí estamos bien, sin necesidad de viajar cien kilómetros. Pero quiero estar allí cuando amanezca.

—Ah, te gusta ver la salida del sol en el océano.

Bruden elevó la vista al techo.

—Si tuviese que navegar contigo, no te dejaría fijar el rumbo ni un minuto. Estamos en la costa Oeste. El sol se pone en el océano Pacífico, visto desde esta costa.

—Entonces, quieres ver la puesta de sol.

—Pero ¿no estoy diciéndote que quiero estar allí al amanecer?

—Pero si llegamos hoy, aún podremos ver el ocaso.».«.

—¡Basta! —rugió Bruden—, Arréglate, nos vamos inmediatamente.

Diana agarró el bolso y se lo colgó del hombro.

—Lista para zarpar, comandante —dijo, a la vez que se ponía la mano derecha en la sien.

—Pues no creas —contestó Bruden de buen humor—, tratándose de una embarcación y de un ancla de oro, la frase resulta singularmente adecuada.

Bruden abrió la puerta para que pasara la muchacha. Entonces, Diana estuvo a punto de chocar con una mujer que se disponía a llamar en aquel momento.

—¡Jesse! —gritó Jane—. ¡Tengo algo importante que comunicarte!

Diana se volvió hacia el joven.

—El sostén que le has comprado es de su medida —dijo—. Te

espero en el coche, Jesse.

Jane se desconcertó.

—¿Qué ha dicho esa chiflada?

—No te preocupes —sonrió Bruden—. Era una broma..« ¿Hay algo nuevo?

—Sí. He preferido decírtelo personalmente. No me atrevía a usar el teléfono.

—Debe ser importante —supuso él.

—Lo es. Ahora ya sé definitivamente qué le sucedió a DiBrecca. Lo arrojaron al mar, con un peso atado a los pies.

—Es decir, se confirma la clase de muerte que le aplicaron.

—Exactamente. No me preguntes cómo lo he averiguado...

—No te lo preguntaré —sonrió Bruden—. Pero ¿sabes dónde ocurrió el asunto?

—Ya no he llegado a tanto. Sin embargo, sé que fue a parar al fondo del mar. Esto es absolutamente seguro, Jesse«

—¿Quién lo hizo?

Ella bajó la voz.

—He oído el nombre de Copitto..., pero no podría jurar que lo hiciese él. Mejor dicho, alguno de sus esbirros.

—Como, por ejemplo, Louie Daglan.

—¿Le conoces?

—Hemos tenido una discusión amistosa hoy mismo. Cuando le dejé, no podía hablar a causa de la emoción. Y también porque tenía la boca tapada —contestó Bruden de buen humor—. Por cierto, ¿te suena el nombre de Alfie Zardol?

—Tengo entendido que es un jefe de los gordos, si no el que más, pero no lo conozco; nunca le he visto personalmente.

—Gracias, Jane. Otro día te lo agradeceré de forma más... personal.

—Llévame un sostén bonito. Mido ciento uno de pecho —dijo ella orgullosamente.

Bruden contempló un instante aquella región anatómica, de tantos atractivos, pero antes de que pudiera decir nada, oyó el teléfono que sonaba en el interior de la casa.

—Adiós, Jane —se despidió precipitadamente.

Corrió hacia el teléfono.

—Bruden —dijo.

—«Seto de boj».

—Ah... Tengo noticias, pero seguramente, mañana podré ampliarlas con todo detalle. Llámeme al anocheecer y entonces acordaremos una entrevista personal.

—Señor Bruden, deseo mantener mi identidad en el más absoluto secreto. Cuando sepa algo, infórmeme por teléfono y, una vez

haya solucionado el caso y yo esté conforme, le enviaré por correo el resto de la suma prometida. Eso es todo. Buenas tardes. Sonó un chasquido. Bruden contempló el teléfono un instante y luego, encogiéndose de hombros, se dirigió hacia la puerta.

—¡Al fin! —exclamó Diana, cuando se sentó a su lado.

—A esa frase le falta una palabra, muñeca.

—¿Sí?

—«Solos.»

—No te hagas ilusiones. Me cerraré con llave en mi dormitorio.

—Para un enamorado, no hay cerraduras que valgan.

—Entonces, para en una armería y me compraré una escopeta.

—Tampoco es mala solución. Y, aunque no en una armería, sí nos detendremos en algún supermercado. Hay que comprar provisiones para la cena y el desayuno.

—Y un sostén, en la sección de lencería.

—Sí, el apropiado para ciento un centímetros de pecho. ¿Cuál es tu medida, preciosidad?

—Ochenta y nueve... Oh, ¿por qué tengo que decirte algo que no te importa en absoluto?

—Ahora, no; pero, más adelante, ¿quién sabe?

Diana cruzó los brazos bajo el pecho.

—Cuando todo esto haya terminado, me esfumaré y no me verás jamás —aseguró.

Bruden no quiso continuar la discusión. Sonriendo para sus adentros, condujo el coche placenteramente, mientras tarareaba entre dientes la *Balada de la Sirena Enamorada*.

«La última canción de una mujer hermosa», pensó.

* * *

La casa era bastante bonita y de apariencia muy agradable, pero Braden advirtió bien pronto que la calidad de los materiales dejaba mucho que desear.

El sol se escondía como una bola en el océano, convirtiéndolo en una llanura de fuego. Por fortuna, estaban en la buena época, pero en el invierno, los vientos, en ocasiones huracanes, harían la estancia imposible en aquellos parajes.

Había una terraza que daba directamente sobre el acantilado, cuyo borde se encontraba a unos veinte metros de la superficie del mar. La base, incluso, hacía un ligero entrante de un metro aproximadamente, con relación al borde. Había que sacar medio cuerpo fuera para poder ver las olas que golpeaban el acantilado

sin demasiada fuerza.

Pero la belleza de la vista marina desaparecía cuando se contemplaba el páramo que rodeaba la casa, cubierto de rala hierba y con algunos raquíuticos matojos. Aún se veían, ya borrados por la vegetación, los hoyos que se habían practicado, para atraer los árboles ya crecidos..., árboles que jamás habían llegado a aquellos parajes y de los que no se tenía la menor noticia.

A la izquierda, la costa descendía suavemente hasta la cercana playa. Aquí y allá se veían algunas casas desperdigadas y, por supuesto, deshabitadas.

—Una construcción preciosa, pero ideal para los efectos especiales de una película de guerra —dijo al cabo de un buen rato.

—¿Cómo? —se sorprendió Diana.

—Sí, ya sabes: la artillería, un impacto directo, la casa que salta por los aires espectacularmente... —Se acercó a la pared a golpear más fuerte; podría convertirla en un montón de escombros —añadió cáusticamente.

—Venus se dejó guiar por DiBrecca. Quizá eso fue el origen de la ruptura.

—Es posible. Algún invierno, y no muy lejano, soplará un huracán y esta casa se derrumbará mansamente, sin ruido, con toda facilidad. Pero, en fin, sólo vamos a pasar aquí una noche y el parte meteorológico anuncia la prolongación de la bonanza. Por la mañana, ya lo verás, el mar estará como un espejo.

—Adivino que piensas sumergirte —dijo ella.

—Sí.

—¿Para buscar el cadáver de DiBrecca?

—Exactamente.

—Han pasado ya dos meses largos. Estará...

—Ni lo pienses siquiera o no te sentirás con ánimos para preparar la cena.

—Procuraré olvidarlo. ¿Qué has traído de provisiones?

Bruden fue al coche y volvió con una caja de cartón en las manos.

—He comprado velas; aquí no hay corriente eléctrica —dijo.

—Resultará más romántico, sobre todo, si se tiene en cuenta que todo será muy platónico.

—Eres una obsesa. Crees que los hombres no saben más que pensar en «eso»?

—Por si acaso... —dijo ella con sorna.

—Sí, te encerrarás con llave en el dormitorio. Pero te aconsejo no bebas más que agua del grifo. Podría haber puesto alguna droga en el vino o en la leche.

—No me extrañaría nada, Jesse.

Bruden se encaminó hacia la cocina.

—Voy a tener que dejarte por imposible —refunfuñó—. Afortunadamente, esto terminará mañana. Te pasaré la factura, me pagarás y luego, si te he visto no me acuerdo; tal día hará un año, y ojos que no ven, corazón que no siente, un clavo saca otro clavo...

—Basta de refranes; comprendo muy bien lo que quieres decir —se enojó Diana—. Anda, déjame preparar la cena; no te quiero tan mal como para matarte de hambre.

—De amor sí, ¿verdad?

Ella se volvió y le miró largamente.

—Esa es la última enfermedad que tú serías capaz de padecer —respondió.

Bruden soltó una risita. Encendió un cigarrillo y se fue a la terraza a contemplar las últimas luces del día.

* * *

Todavía no había salido el sol, cuando ya estaban en la playa, con el equipo que Bruden había llevado en un par de viajes. Diana contemplaba con pasmo todos aquellos artefactos, cuya utilidad no comprendía en la mayoría de los casos. Al cabo de unos momentos, Bruden presionó la válvula de una botella de color rojo vivo. Una lancha neumática se hinchó en cuestión de segundos.

Bruden vestía solamente pantalones de baño. Puso todos los objetos sobre la balsa, la arrastró hasta la orilla y luego hizo señales con la mano.

—Vamos —llamó.

Diana se señaló a sí misma.

—Estoy vestida —alegó.

—¿No tienes traje de baño?

—¿Acaso me dijiste que lo trajera?

Bruden se mordió los labios.

—Tienes razón, la culpa es mía —admitió—. Bueno, puedes quedarte con el sostén y las bragas; parecerá un bikini...

—¡Son transparentes, Jesse! —chilló la joven.

—Está bien, a fin de cuentas, llevas pantalones y *sweater*, y no tienes que sumergirte. Embarca y no perdamos más tiempo.

Bruden empujó la balsa, hasta que el agua le llegó a la cintura. Entonces saltó a bordo y empuñó los remos.

Poco a poco, fue aproximándose a la base de los acantilados en cuyo borde se hallaba el *bungalow*. Allí, pudo apreciar Diana, el mar era más profundo que en las inmediaciones de la playa, cosa que se advertía en la coloración más oscura de las aguas. Pero a medida que el sol ascendía en el horizonte, el mar se aclaraba gradualmente y la transparencia alcanzaba cotas verdaderamente notables.

—¿Crees que estará aquí? —preguntó de repente.

—Eso es lo que vamos a averiguar —contestó él—. ¿Te atreves a remar ligeramente, mientras yo exploro el fondo?

—Sí, claro... ¿Qué profundidad hay, Jesse?

—Tengo aquí una carta marina muy completa. En estos parajes, hay de diez a quince brazas.

—No entiendo esa medida...

—Entre dieciocho y veintisiete metros.

—Ah... ¿Eres capaz de bucear a tanta profundidad?

—Un poco, sí, pero para evitar inmersiones demasiado prolongadas, he traído un equipo especial.

Bruden empezó a trabajar de inmediato. A los pocos minutos, Diana comprendió la utilidad de los objetos que Bruden había traído.

Un cuarto de hora más tarde, Bruden encendía una pantalla de televisión, conectada a una cámara estanca, que se movía a menos de un metro del fondo. El joven tenía los ojos fijos en la pantalla y, de cuando en cuando, hacía señales a Diana para que gobernase el bote en el sentido deseado.

Transcurrió una hora de tenaz pero aburrida búsqueda. Diana empezaba ya a desesperar de encontrar algo positivo cuando, de pronto, Bruden lanzó una exclamación:

—¡Blanco!

—¿Lo has encontrado?

—Sí, lo tengo en pantalla.

Diana abandonó los remos y corrió para acercarse al televisor, pero Bruden lo apagó rápidamente.

—No quiero que lo veas —dijo—. Es demasiado horrible.

Ella le miró aprensiva.

—¿Es... DiBrecca?

—Supongo que sí. Lo que queda de él, claro.

Diana palideció. Bruden señaló una bolsa situada en uno de los lados de la balsa.

—Hay un termo con café —aconsejó.

—Sí, tomaré un poco.

Mientras, Bruden se equipaba para la inmersión. Lanzó primero un anclote y luego se puso aletas y contrapesos. A continuación,

se caló la máscara con tubo de respiración.

—La profundidad aquí es de ocho brazas y media —dijo—. Poco más de quince metros —aclaró.

—¿Cómo pudieron arrojarlo en tan poco fondo?

—¿Quién iba a pensar que habría alguien interesado en buscarlo?

—Eso si es cierto, Jesse. ¿Qué son esas cosas que llevas?

—Cuerdas, porque las necesitaré, y una boya hinchable. Subiré a la superficie apenas la haya sujetado a un punto adecuado.

Bruden realizó varias operaciones de oxigenación de los pulmones. Luego, bruscamente, se dejó caer de espaldas y se sumergió con poderoso impulso.

Diana permaneció en el borde, tratando de atravesar con la mirada las capas de agua. La transparencia era notable, pero no tanto que pudiera ver lo que había en el fondo.

Transcurrió cosa de un minuto. De pronto, vio unas burbujas que emergían a la superficie.

Algo empezó a subir a continuación. Diana alargó una mano para ayudar a Bruden a asomar fuera del agua. Entonces salió una cosa que le hizo lanzar un terrible chillido.

CAPITULO XI

Con ojos desorbitados por el espanto y el horror, contempló la calavera que había surgido de las aguas. Aún quedaban algunos jirones de carne podrida sobre los huesos de aquella horripilante visión. Bruden emergió a los pocos segundos, vio la calavera, resopló y emitió un juramento.

—Lo siento —dijo.

Diana estaba vuelta de espaldas.

—¿Era necesario que lo sacases a flote?

—Enganché la boya a la anilla de la caja de metal que hay abajo y a la que aún seguía atado DiBrecca. La cuerda se habrá enredado y... Pero tendrías que haberlo visto completo, como yo; apenas si queda más que el esqueleto, devorada la carne por los peces...

—¡No sigas! —chilló Diana, al borde de un ataque de histeria.

Bruden volvió los ojos un instante hacia la calavera, que emergía justamente fuera del agua y luego, haciendo un esfuerzo, saltó a bordo.

—Diana, no puedo dejar que esos restos se hundan otra vez —dijo —. Es la prueba del asesinato de DiBrecca.

—¿Nos importa algo a nosotros? —preguntó ella con voz crispada.

—Sí, porque es la prueba que hay contra el hombre que ordenó asesinar a Venus. El mismo que también ordenó matar a DiBrecca. Mira, lo mejor será que te sientes de espaldas; yo remaré, cuando haya izado del fondo la caja que servía de lastre a ese pobre sujeto.

—Está bien.

Diana se cambió de sitio en la embarcación. Bruden, arrodillado junto a la borda, empezó a tirar de una fuerte soga que había bajado consigo. Unos minutos después, enganchó otra boya flotante en un nudo que había practicado con anterioridad. A pesar de sus aprensiones, Diana no pudo evitar mirar hacia la caja que quedaba así a un metro de la superficie.

—¿Eso fue suficiente para lastrarle? —preguntó.

—Mide, calculo, sesenta centímetros de ancho, por otro tanto de largo y casi treinta de grueso. Y está llena, de modo que pesa lo bastante para mantener el cadáver bajo el agua.

—Llena, ¿de qué, Jesse?

Bruden había empezado ya a remar.

—¿No te lo imaginas?

Diana apretó los labios.

—¿Caben ahí los dos millones?

—Si están en billetes de a cien, son solamente veinte mil. Ocupan bastante espacio, pero menos del que parece.

Bruden continuaba remando.

—Aun así, me parece poco peso...

—La caja tiene adosada al fondo una plancha de plomo, de las mismas dimensiones y tres centímetros de grueso.

—Ah, ahora lo comprendo.

—Lo planearon bien. DiBrecca hizo la faena y otros se aprovecharon. Pero se dieron cuenta de que disponer inmediatamente de ese dinero podría resultarles peligroso y decidieron posponerlo para mejor ocasión.

—Parece lógico, aunque no veo la relación que pueda haber con el asesinato de Venus.

—Venus lo sabía. Ya ha dejado de ser un ídolo para mí. Sharkey, el dueño del Siglo XXI, me dijo que ella había iniciado ya el descenso, aunque aún parecía hallarse en la cresta de la ola. Venus lo sabía y se daba cuenta de que en un par de años, tres a lo sumo, ya no sería nada. Y no quería rodar por cafetines de mala muerte y acaso hasta prostituyéndose. En consecuencia, y aunque había roto con DiBrecca, sabía lo ocurrido y pidió una parte del botín. La contestarían negativamente, ella amenazó con delatarles... y contrataron a Hoover para que le disparase un solo tiro.

—La explicación parece lógica —admitió Diana.

—Es la única congruente, muñeca.

—Pero Venus no necesitaba el dinero...

—¿Qué clase de secretaria eres tú? Apenas llevaba dos años en la cúspide. La estafaban con las liquidaciones de sus discos, no la compañía discográfica, sino su propio manager; tenía unos gastos impresionantes, no se privaba de nada... Puede decirse que el dinero le llegaba por la mano izquierda y salía a la misma velocidad por la derecha. Tú no tenías intervención alguna en la cuestión económica, ¿verdad?

—Desde luego, era algo de lo que no me ocupaba en absoluto.

—Entonces ya sabes lo que hasta ahora ignorabas. Venus vivía al día, créeme. Tal vez, liberada de DiBrecca, pensó que podría ganar más dinero, bueno, evitarse los gastos que había tenido hasta entonces, pero no le dieron tiempo a intentarlo. Un par de años buenos más, un millón de dólares que DiBrecca había estafado al Sindicato... Era una bonita perspectiva.

—Sí, pero no le dejaron conseguirla.

—Con esa gente no se puede uno comprometer, encanto —dijo él sentenciosamente.

Estaban llegando a la orilla. Bruden saltó el primero, ayudó a la

muchacha, le entregó el cabo y luego tiró de la balsa, hasta situarla casi toda en tierra firme.

Ahora el cadáver de DiBrecca asomaba casi por completo. Bruden lo soltó, dominando la repugnancia que sentía, y lo condujo a rastras hasta unas rocas cercanas. Luego regresó a la balsa y empezó a tirar del cabo sujeto a la caja.

A medida que el enorme recipiente salía del agua, se iba haciendo más y más pesado. Bruden tuvo verdaderas dificultades para sacarlo por completo del agua.

—No parece que pese tanto —observó la muchacha.

—Ya te dije que tiene una plancha de plomo sujeta a la base. El plomo pesa lo menos ciento veinte kilos. Añade el metal de la caja, más el peso de los billete^...

—Basta —rogó Diana—. ¿Podrás abrirla?

—Tengo herramientas —contestó él.

—No se moleste; nosotros lo haremos —sonó de pronto una voz extraña.

* * *

Diana se estremeció. Bruden, arrodillado junto a la caja, contempló a los tres sujetos que habían aparecido tan inesperadamente.

Uno de ellos era Copitto. Daglan estaba a su derecha, apuntándoles con su pistola. El tercero tenía asimismo otra pistola. Bruden lo había visto el día en que fue a visitar al abogado.

Copitto sonrió.

—Gracias por ahorrarnos un trabajo —añadió—. Sobre todo, si se tiene en cuenta que no sabíamos dónde estaba ese dinero.

—De modo que también lo buscaban —dijo Bruden, rehecho de la sorpresa.

—Imágínese —rió el sujeto.

—Ya. Dos millones es una cifra muy tentadora..., pero no comprendo por qué han permanecido quietos hasta el último momento.

—Somos un poco más listos y no queríamos darnos a conocer anticipadamente. Pero, créame, estuvimos al corriente de cada uno de sus pasos.

—Me asombra usted, Copitto.

—Puede creerme, Bruden. En realidad, es un asunto entre Morilli y DiBrecca, pero nosotros andábamos detrás de los dos. DiBrecca

consiguió lo que quería y nosotros también. En cuanto a Morilli, lo ha perdido todo.

—¿Ha muerto?

—No, pero se quedará sin el dinero.

—Dispense —intervino Diana—, pero yo no veo que DiBrecca consiguiera lo que quería. Fue asesinado...

—Y le ataron los pies a un ancla de oro. Es lo que siempre decía le gustaría poseer, cuando tuviera un yate, claro.

—Consiguió el ancla, pero no el yate.

—Exactamente.

Bruden examinó la situación. Estaba desarmado, sin nada más que las manos desnudas. Ni siquiera había tenido tiempo de coger las herramientas que tenía en el bote, para abrir la caja.

Un ataque era impensable. Daglan y el otro estaban demasiado separados. Tal vez podría derribar a uno, pero su compinche le dispararía a placer. Sin contar con Copitto, a quien presumió también en posesión de un arma, aunque no la llevase a la vista.

De pronto, Copitto hizo un ademán.

—Apártese, Bruden —ordenó—. Rosso, abre la caja.

—Sí, señor.

Rosso llevaba consigo una bolsa de lona, de la que extrajo diversas herramientas. Después de varias pruebas, se decidió por un martillo y un cortafríos.

Los golpes resonaron fuertemente en el relativo silencio de la playa. Rosso parecía saber bien lo que hacía. Cinco minutos más tarde, sonó un chasquido y levantó la tapa de la caja.

—Servido, jefe —dijo obsequiosamente.

Copitto se acercó un instante y contempló los fajos de billetes, apilados cuidadosamente y sin la menor mancha de humedad, debido a la estanqueidad de la caja. Luego elevó la vista y sus ojos se encontraron con los del joven.

—Fue idea de DiBrecca. Pensaba esconder el dinero, al pie del acantilado, y ordenó que le construyeran la caja, incluyendo el lastre de plomo. Poco podía suponer que ese tesoro sería atado un día a sus propios pies.

—Y lo hizo Morilli.

—Sí, justamente. Pero, dígame, ¿cómo supieron ustedes que el dinero estaba aquí?

Bruden se volvió hacia la joven. Diana hizo un gesto de indiferencia.

—Ya no importa —contestó—. Díselo, Jesse.

—Venus pronunció una contraseña, apenas había recibido el balazo fatal —explicó Bruden—. Ella —señaló a Diana con la cabeza—, grababa siempre todo lo que Venus cantaba en público.

—Ah —exclamó Copitto, admirado—. Y así supieron... ¿Qué contraseña era? sólo por curiosidad, claro.

—Venus tenía que decir «el mar del amor» y dijo «océano del amor».

—Fantástico, increíble... Fue muy astuta, ciertamente. Pero, en fin, esto se ha acabado ya.

Copitto empezó a retroceder. Bruden comprendió las intenciones del sujeto.

«Aquí termina la historia», pensó amargamente.

Estalló el primer disparo.

Rosso lanzó un feroz alarido, a la vez que se retorció violentamente. Atónito, Bruden se dio cuenta de que el disparo venía desde cierta distancia.

Alguien atacaba al trío. Sonaron varias detonaciones más.

—¡Al suelo, Diana! —gritó a pleno pulmón.

Rosso se agarró el pecho con una mano y trató de contestar a sus atacantes. Dos disparos más le hicieron caer de bruces sobre la arena.

Daglan se arrodilló, haciendo fuego con rapidez. Se oyeron más detonaciones. Daglan dio un salto convulsivo, se puso en pie, hizo un disparo más y cayó de espaldas al suelo.

Copitto, aterrado, intentó escapar, corriendo con sus ridículas piernecillas. El sombrero que llevaba puesto se le cayó, pero no regresó para recuperarlo. De pronto, cuando estaba a punto de alcanzar la protección de una roca, se estremeció horriblemente, a la vez que llevaba las manos a los riñones, con el cuerpo arqueado hacia atrás.

Estuvo así un instante. Luego sonó otro disparo.

Pareció como si el traje de Copitto hubiera quedado repentinamente vacío de su contenido humano. El abogado se desmoronó, como un montón de trapos, y quedó hecho un ovillo sobre la arena. Su cuerpo sufrió un par de sacudidas; luego, estiró ligeramente la pierna izquierda y se quedó quieto.

Tres hombres armados aparecieron por la pendiente que conducía a la playa. Bruden, tendido en el suelo, levantó la cabeza y reconoció al que caminaba en el centro.

—Diana.

—¿E... estás bien, Jesse? —tartamudeó la joven.

—Sí, pero no te hagas ilusiones. Hemos saltado de la sartén para caer en las llamas.

CAPITULO XII

Morilli llegó y soltó una gran carcajada. Era una risa cínica, burlona, desprovista por completo de todo sentimiento.

—El pobre estúpido... —dijo—. Creía que iba a ser más listo que yo. —Se golpeó el pecho con el pulgar, rebosante de orgullo—. Yo he sido el más listo, yo. ¿No es verdad, chicos?

Los dos sicarios que le acompañaban asintieron, con fuertes risotadas.

—Pobres idiotas.

—Si se hubieran quedado quietecitos en casa...

Morilli avanzó unos pasos, se puso en cuclillas frente a la caja, sacó un fajo de billetes y pasó el pulgar por los bordes.

—Maravilloso. —Besó el fajo, con los ojos en blanco—. La cosa mejor que hay en este mundo —añadió.

Miró a Bruden, todavía echado, y volvió a reír.

—Me están entrando ganas de darle una buena propina —dijo—. ¿Sabe?, el hijo de perra de DiBrecca nos engañó a todos...

—Por mí, no se prive, Ugo. Aceptaré la propina, aunque sea de un dólar —contestó Bruden jovialmente.

Aún echada en el suelo, pero apoyada en los codos, Diana levantó la cabeza.

—No le entiendo muy bien —manifestó—. Les engañó, pero ustedes sabían dónde estaba el dinero...

—No, no, yo me refiero a una época anterior, cuando «ahorró» los dos millones. Luego, claro, descubrimos el pastel y decidimos que había que «premiarle». Siempre quiso un ancla de oro y se la dimos.

Diana se estremeció.

—Fueron ustedes...

Morilli sonrió perversamente. No contestó, pero tanto la muchacha como Bruden se imaginaron la escena. DiBrecca, atrapado por Morilli y algunos de sus hombres, la caja atada a los tobillos, DiBrecca alzado sobre varios pares de manos y lanzado desde la terraza al mar...

—Una pregunta, amigo mío —dijo Bruden.

—Con mucho gusto —accedió Morilli.

—¿Estaba presente Venus cuando sucedió eso?

Morilli hizo un gesto de asentimiento.

—No le quedó otro remedio y prometió callar, pero luego debió pensárselo mejor y nos exigió nada menos que la mitad por su silencio. —El forajido lanzó una estruendosa carcajada—, No recibió nada y tuvimos su silencio —añadió sarcásticamente.

Bruden cerró los ojos un instante. Aquella respuesta disipaba ya

sus pocas dudas, borraba por completo la romántica imagen que se había forjado de Venus Bwinn, la hermosa cantante, con aspecto de princesa de cuento de hadas, la maravillosa adolescente que había sido un día Peggy Hardon. La codicia y la ambición, y también las amargas perspectivas de un futuro en el anónimo, donde nadie se acordase ya de ella y tuviera que enfrentarse con la pobreza, habían sido factores desencadenantes de su inexplicable cambio de actitud.

Era preciso compadecerla, pensó. A fin de cuentas, ya había purgado sus errores con lo mejor que tenía: la propia vida.

—¿Y ahora? —preguntó.

Un brillo demoníaco apareció en los ojos de Morilli.

—Lo siento —dijo, a la vez que daba un par de pasos hacia atrás.

Diana se puso pálida. La intención del gángster era evidente. No podía dejar testigos detrás de él.

—Lo siento —repitió.

Hizo un leve gesto con las manos. Los dos sicarios aprestaron sus pistolas. Diana cerró los ojos. Bruden rezó.

Repentinamente, se oyó un extraño ruido.

Era un chasquido de tonos más bien oscuros, seguido de un silbido y el sonido de algo que chocaba contra una cosa blanda. Alguien lanzó un grito de dolor.

Bruden volvió a levantar la cabeza. Morilli tenía el rostro deformado por el dolor. Quería decir algo, pero no podía. Bruden apreció que salía sangre por dos sitios a la vez, a ambos lados de su cuello.

El sonido se repitió, multiplicado rápidamente varias veces. La mitad superior del cráneo de Morilli voló por los aires, en una repugnante explosión de sangre y huesos destrozados. Morilli cayó fulminado.

Los dos pistoleros se volvieron y dispararon futilmente contra el lugar de donde procedían aquellos misteriosos disparos. Ambos estaban ya heridos, pero trataban de defenderse encarnizadamente.

Una terrible salva de disparos acabó con los dos pandilleros. Casi al mismo tiempo, los matones se desplomaron sobre la arena, con el cuerpo acribillado a balazos.

Bruden se sentía estupefacto. ¿Quién había intervenido tan oportunamente? Fuese quien fuese, pensó, le debían la vida.

Miró hacia arriba. A sesenta o setenta metros, entre los arbustos que señalaban el límite interior de la playa, había dos hombres vestidos enteramente de negro, cada uno de los cuales sostenía un fusil, con una extraña protuberancia en el extremo del cañón.

El sol daba en la espalda de los sujetos e impedía verles la cara.

Ninguno de los dos, por otra parte, pronunció una sola palabra. Tampoco hicieron gestos o ademanes de ninguna clase. Estuvieron allí unos cortos segundos y luego, dando media vuelta, desaparecieron de la vista de los dos jóvenes.

Bruden se puso lentamente en pie. Diana corrió hacia él y le abrazó con fuerza, ocultando la cara en su pecho.

—Cálmate —dijo suavemente—. Ya ha pasado todo. No hay motivos para sentir temor.

—Creí... que me moría de miedo... —gimió la muchacha.

—Puedes juntarte conmigo. Yo también sentía un pánico espantoso.

Bruden pensó que había sido cuestión de segundos. Ahora podrían estar muertos y todos los sufrimientos, aun más psíquicos que físicos, habrían desaparecido. Ya no sentirían nada... pero ahora estaban vivos. «Maravillosamente vivos», se dijo.

Miró a su alrededor y suspiró.

—Esto parece un matadero —dijo—. Preciosa, no podemos permanecer aquí eternamente. Hemos de empezar a movernos.

—¿Qué haremos, Jesse?

—Te lo voy a decir —contestó él.

* * *

Estaban sentados junto al teléfono, quietos, silenciosos. Eran casi las diez de la noche y aún no había recibido Bruden ninguna llamada.

De pronto, sonó el timbre de la puerta.

Bruden se irguió, sin levantarse todavía, con las manos en los brazos de la butaca. La llamada se repitió.

—No te muevas, Diana.

Ella asintió con leve movimiento. Bruden se puso en pie, cruzó la sala y abrió la puerta.

El hombre que estaba en el umbral era de mediana estatura y unos cincuenta años de edad. Vestía con suma elegancia, traje azul oscuro, cruzado, con una flor roja en el ojal, corbata gris plata, adornada con un costoso alfiler, y usaba guantes de piel. En la mano derecha llevaba un bastón de Malaca, con empuñadura de marfil. Con la izquierda se quitó cortésmente el sombrero de ala abarquillada y sonrió ligeramente.

—Soy «Seto de Boj» —se presentó.

Bruden se echó a un lado. El hombre entró, pero se detuvo un instante al ver a la muchacha.

—Es Diana Palmer, mi colaboradora y antigua secretaria social de Venus Bwinn —dijo el joven.

—¿Cómo está, señorita? —saludó el visitante.

Bruden cerró la puerta.

—Diana, te presento a Kenneth Washington Dawson, más conocido en ciertos ambientes por Alfie Zardol —dijo Bruden—. El señor Dawson es el propietario de Fontana Bianca, la residencia que vimos al pasar cuando íbamos a la casa abandonada de MacDonald.

Dawson se volvió hacia el joven.

—Ha averiguado muchas cosas, señor Bruden —dijo heladamente.

—Síntese, por favor, señor Dawson —invitó Bruden—. Tengo que decirle algo muy importante.

—Ha descubierto al asesino de Venus, me imagino —contestó Dawson, haciendo caso omiso de la invitación del joven.

—Usted los conoció, desde el principio. Y no le interesaba que yo encontrara a alguien a quienes conocía perfectamente. Había otra cosa que le interesaba mucho más. Si supo quiénes se habían confabulado para matar a Venus, en cambio, ignoraba dónde estaba escondido el dinero, que era verdaderamente lo que le importaba a usted.

—Sabe demasiado...

—Pero no tema, no lo repetiré a nadie. Ni la señorita Palmer tampoco.

—Está bien —suspiró Dawson—. Me interesaba el dinero, lo admito, y ahora, por favor, dígame dónde está.

—Lo he repartido.

Por primera vez, Dawson perdió su flema.

—¿Qué ha dicho? Repita eso, por favor —exclamó.

—Lo he repartido, señor Dawson —contestó el joven sin inmutarse—. Ese dinero tiene una procedencia innoble, repugnante. Ha sido obtenido mediante el chantaje, la extorsión, el vicio, la venta de drogas, la prostitución... No he podido devolverlo a los auténticos propietarios, porque son infinitos, no conozco a ninguno y muchos, además, negarían que fuese suyo. En consecuencia, me he pasado el día repartiendo sobres llenos de billetes a toda clase de entidades benéficas, centros asistenciales, parroquias, congregaciones religiosas, asilos, orfanatos... y todo ello, lógicamente, bajo el más riguroso anonimato. Muchas personas bendecirán hoy a los anónimos donantes y puede que algunas de esas bendiciones le alcancen a usted.

—No era suyo, no tenía derecho a repartirlo —dijo Dawson hoscamente.

—Ni usted tenía el menor derecho a considerarse su

propietario.

—Hoy les salvé la vida...

—Por interés y conveniencia propia, y para que pudiéramos entregarle el dinero, sin que su nombre se viese mezclado en el caso. Descuide, nadie sabrá que tuvo algo que ver con el asunto; nadie sabrá tampoco que envió a sus más fieles secuaces a eliminar a unos traidores a su organización. Pero, en conciencia, no podía devolverle los dos millones.

—¿Sabe que ha hecho algo que podría perjudicarlo enormemente?

Bruden señaló a la muchacha.

—Ella y yo lo discutimos profundamente y tomamos una decisión, de la cual no nos arrepentimos, suceda lo que suceda después —respondió serenamente.

—Admiro su valor —declaró Dawson—. Si me hubiese conocido mejor, tal vez no habría hecho una cosa semejante.

—Cuando decidí hacerlo, lo sabía ya.

Hubo un instante de silencio. Luego, Dawson dijo:

—A pesar de todo... me resulta simpático. Es un final que no me habría atrevido a imaginar, señor Bruden.

—Yo sí me imagino otro final para usted, aunque quizá no esté próximo. Pero sucederá, inevitablemente. Usted es el jefe de la organización en la costa. Ocupa un puesto muy alto. Quiere llegar a más y puede que lo consiga. Sin embargo, llegará un día en que, en algún sitio, se reúnan varios hombres y decidan que usted empieza a resultar peligrosamente incómodo. Entonces, a pesar de su guardaespaldas, morirá. Un día, alguien le invitará a comer en un buen restaurante, discreto, con escasa clientela a determinadas horas y, al terminar, su acompañante dirá que va al lavabo, y entonces, un par de pistoleros acabarán con usted. O le sorprenderán en una barbería o en su casa, pese a todas las precauciones... En fin, usted conoce el asunto mejor que yo. Y eso ocurrirá, aunque dé a sus esbirros orden de matarnos.

Dawson meneó la cabeza.

—Cuando uno está ya dentro, no se puede salir del engranaje —contestó tristemente—. En el fondo, empiezo a pensar que ha hecho bien.

—La policía no dirá nada; en realidad, ese dinero no procedía del asalto a un banco, por ejemplo. Me imagino que investigarán sobre los cadáveres de la playa, pero usted tendrá sobradas respuestas, si acaso le hacen preguntas.

Dawson asintió.

—Me ha derrotado usted, debo admitirlo. Por cierto, aún le debo algo...

—No me debe nada —atajó Bruden rápidamente—. Todo lo contrario; soy yo el que tiene que darle una cosa.

Sacó un papel del bolsillo y lo puso en las manos del asombrado Dawson.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Me envió cinco mil dólares. Se los devuelvo. Ese dinero tiene la misma procedencia que los dos millones. No lo quiero.

Dawson se quedó pensativo unos segundos. Luego rompió el cheque en mil pedazos.

—No me envíe otro cheque por correo; seguiría la misma suerte. Y, a fin de cuentas, también tengo negocios absolutamente legales.

Fue hacia la puerta y, desde allí, se volvió y sonrió.

—Considérelo como un regalo de bodas —dijo.

Pero aún tenía que añadir algo más:

—Ah, y si un día lee la noticia de mi muerte, envíeme un ramo de flores al cementerio —se despidió definitivamente.

Diana se levantó, corrió impulsivamente hacia el joven y le abrazó con todas sus fuerzas.

—Has estado magnífico —exclamó, con ojos muy brillantes—. Me habrías defraudado, si...

—Te hubiera defraudado si no hubiese repartido el dinero —contestó él.

—Lo sé, pero es que has estado maravilloso. Está completamente vencido, Jesse.

—Se lo merecía, ¿no crees? Pero, de todos modos, nos salvó la vida.

—Por egoísmo.

—El caso es que estamos vivos, encanto.

—Jesse, ¿crees que un día le... le matarán?

—Es su sino. Pocos de los de su clase mueren en la cama.

Diana calló un momento.

Luego dijo:

—De todos modos, le deseo mucha suerte. ¿Y tú?

—Yo me la deseo a mí mismo —sonrió él maliciosamente.

* * *

Entró, cargada con unos cuantos paquetes, y vio a Bruden sentado ante una mesa, enfrascado en lo que parecían cuentas hechas con pluma y papel.

—Tu frigorífico estaba vacío. No había para almorzar hoy siquiera

—exclamó—. He traído provisiones, Jesse.

—Gracias, eres encantadora.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó ella, llena de curiosidad.

—Cuentas. Me entregaste mil quinientos dólares como anticipo. Ahora estoy calculando, a razón de doscientos cincuenta diarios, más gastos...

—¿Eso es lo único que piensas?

Bruden sonrió. Diana parecía decepcionada.

—Bueno, si falta algo, ya te lo diré. Aceptaré un cheque, ¿sabes?

—Saca pronto la cuenta; te lo extenderé inmediatamente.

—Aguarda un poco, aún no he terminado de hablar. Dejaré que colabores a los gastos comunes con esa suma.

—¿Gastos comunes? —se sorprendió ella.

—Claro. Es lo normal en una pareja, ¿no?

—Jesse, si crees que yo...

—No anticipes los acontecimientos. No me gusta hacer las cosas de forma ilegal.

—¿A qué te refieres?

Bruden elevó los ojos al techo.

—Eres un poco dura de mollera —exclamó—. Estoy hablando de boda y tú...

Diana lanzó los paquetes por el aire y se arrojó sobre el joven con enorme ímpetu.

—Haber empezado por ahí, hombre —gritó.

Bruden se quedó atónito.

—Cualquiera diría que lo estabas deseando —murmuró.

—Lo deseaba más que nada en este mundo —contestó ella.

—Entonces, siéntate a mi lado y empezaremos a echar juntos las cuentas de nuestro futuro. —Bruden sonrió y pasó un brazo por la cintura de la joven—. No será de oro, pero estás sujeta a un ancla que no te dejará ir jamás a la deriva —añadió.

F I N

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España **PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.**